

Colección
Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates

Tiempo de chicas



Identidad, cultura y poder

Silvia Elizalde

 Grupo Editor Universitario

 CLACSO

SILVIA ELIZALDE

TIEMPO DE CHICAS

Identidad, cultura y poder



Grupo Editor Universitario



CLACSO

Elizalde, Silvia
Tiempo de chicas : identidad, cultura y poder .
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Grupo Editor Universitario, 2015.
64 p. ; 22x15 cm.
ISBN 978-987-1309-20-7
1. Sociología. 2. Juventud.
CDD 305.235

Fecha de catalogación: 20/03/2015

1ª edición: abril 2015

Diseño, composición, armado: m&s estudio

Diseño de tapa: GEU

Foto de tapa: Silvia Elizalde

Retoque digital: Diego Pinzón

©2015 by Grupo Editor Universitario
San Blas 5421, C1407FUQ - C.A.B.A.

ISBN: 978-987-1309-20-7

Queda hecho el depósito de ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Secretario Ejecutivo Pablo Gentili
Directora Académica: Fernanda Saforcada

Área de Desarrollo de la investigación
Coordinador Pablo Vommaro
Asistentes Rodolfo Gómez, Teresa Arteaga, Giovanni Daza, Alessandro Lotti y Ángel Dávila

Área de Producción Editorial y Contenidos Web
Coordinador Editorial: Lucas Sablich
Coordinador de Arte: Marcelo Giardino

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
EEUU 1168 | C1101 AAx Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145/9505 | Fax [54 11] 4305 0875 |
e-mail clacso@clacso.edu.ar | web www.clacso.org

CLACSO cuenta con el apoyo de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI)



Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

Este libro fue realizado en el marco del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y del proyecto de investigación PICT 2010-1336 "Mujeres jóvenes e industria cultural. Regulaciones, usos estratégicos y respuestas resistentes. Un análisis en clave etnográfica", de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCYT), a cargo de Silvia Elizalde como Investigadora Responsable del mismo. Cuenta además con el aval proyecto PICT 2012-2751 "Juventud, política y nación" de la ANPCYT, en cuyo equipo de investigación también participa la autora".

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. ¿Un nuevo orden de género?.....	9
CAPÍTULO I. Dueña de mi propio viaje. Experimentación artística y rebeldía antipatriarcal	19
CAPÍTULO II. Feminidades a prueba. Relatos de jóvenes institucionalizadas	29
CAPÍTULO III. “Hay cada ‘nena’ por ahí”. Representaciones mediáticas sobre una fan de cumbia	41
EPÍLOGO.....	57
BIBLIOGRAFÍA.....	61

INTRODUCCIÓN

¿Un nuevo orden de género?

I. En la actualidad es frecuente escuchar la afirmación de que las mujeres en general, y las jóvenes en particular, gozan de una batería de derechos y oportunidades inédita en comparación con unas pocas décadas atrás. Si en los años '70 la incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo y la consolidación de su exitosa participación en la educación secundaria y universitaria fueron señaladas como los principales indicadores de su mayor visibilidad pública y del impacto más amplio de ciertas conquistas feministas en el campo social, desde mediados de los '90 su prominencia pública ha ido en aumento, de la mano de nuevas condiciones.

Al respecto, la creciente interpelación a las adolescentes y chicas como foco central de la industria del entretenimiento, la moda, la belleza y los extendidos mercados del erotismo y el placer sexual ha sido interpretada por algunos/as como signo de surgimiento de nuevas formas de feminidad entre las jóvenes. Sobre todo, entre las de sectores medios, invocadas como recurso tópico predilecto, y construidas como consumidoras prioritarias de las propuestas mediáticas y publicitarias que instalan la diversión, el sexo y el cuerpo joven y bello como motivos de un clima de época que ensalza lo juvenil femenino desde el particular prisma del hedonismo individualista y el mandato asertivo del “hazte a ti mismo/a” (Giddens, 1991; Beck y Beck-Gernsheim, 2003; Illouz, 2014). De hecho, las hoy llamadas “it girls” coinciden, justamente, con figuras provenientes de esos espacios: jóvenes modelos, actrices, hijas de famosos o chicas de elite, que se convierten en marcadoras del pulso de la moda, al tiempo que dan soporte a una representación de la feminidad coincidente con una imagen superficial, pero efectiva, de chicas irresistibles, desinhibidas, de notable *sex appeal*, que se entretienen comprando ropa o calzado de moda y yendo a fiestas.

Para otros/as, en cambio, esta mayor intervención de las jóvenes en la escena social más amplia está lejos de poder pensarse como síntoma

de un promisorio nuevo orden de género basado en la equidad. Más bien, sostienen, profundiza la naturalización del patriarcado, como trama cultural que subyuga a las mujeres al restringir su reconocimiento a formas cada vez más sofisticadas de inclusión subalternizante. Para este último enfoque, las chicas son, en efecto, el principal foco de una “particular posición en que *se da a ver* a la mujer” (Tarzibachi, 2011: 263), que confirma de modo impactante el lugar que ocupa el régimen de la mirada en la cultura contemporánea y su capacidad para moldear una cartografía material y simbólica de la corporalidad, la belleza, y las aptitudes femeninas “deseables” o “preferentes” que se requieren para el logro de una juventud en clave de género que “merezca” visibilidad público-mediática. Una visibilidad –indica esta perspectiva– que la mayoría de las veces solo tiene los contornos de una *visualidad* des-subjetivante y des-ciudadanizante, al recortar reductivamente lo juvenil femenino a una imagen de “mujer ornamental, carnada, estatua, fragmentada y/o mutilada por bio-intervenciones plásticas” (263). Al respecto, el ejemplo de la publicidad audiovisual como campo de inscripción de esta operatoria no puede ser más claro: si ya allí toda “mujer” –que abrumadoramente es joven– se reduce a un cuerpo, este cuerpo sólo es registrable por la lente de la cámara si es “bello”. Según, claro está, el patrón de belleza (juventud/jovialidad; sensualidad; armonía, proporción, etc.) que dictan los parámetros estéticos dominantes en cada época. Pero que –nos promete el mercado– ahora también puede ser “accesible” para todas aquellas que tengan la “voluntad” de beneficiarse, con esfuerzo y/o dinero, de esta dimensión inéditamente “democratizadora” de la belleza, en tanto proyecto individual “disponible” para el conjunto de las mujeres, devenidas Una; es decir, la misma (264).

Como se advierte, los contrastes entre unas lecturas y otras dividen los pareceres respecto de cuánto y de qué formas el legado del feminismo interpela hoy a las jóvenes a continuar y/o acentuar las luchas por la demanda de derechos, en un momento en el que gozan de márgenes de libertad y autodeterminación mucho más extensos que los que tuvieron sus propias madres en una variedad de asuntos asociados a la vida sexual, los mandatos de género y las actuaciones del deseo, al tiempo que, en simultáneo, son exponencialmente nombradas y exhibidas, como nunca antes, en tanto epítome de éxito y lozanía, y fetichizadas como ubicuo objeto de deseo masculino.

De este modo se instalan opiniones divergentes entre quienes ven en esta histórica visibilidad social y de mercado una oportunidad para intentar profundizar las reivindicaciones de género y avanzar por otras, en una clave “post feminista” o de “tercera (o cuarta) ola” (Kelly, 2005; Snyder, 2008), y quienes prenden alertas sobre los riesgos de diluir la fuerza política de

aquellos pioneros reclamos de las mujeres, al aceptar dar la batalla en el lugar “equivocado” (McRobbie 2009; Kehily 2012). Una tercera posición, quizás intermedia entre las anteriores, sugiere la hipótesis de que hoy muchas chicas están explorando puntos de continuidad con las generaciones anteriores de mujeres de unas maneras propias, novedosas y específicas que merecen ser estudiadas en detalle, pero que *–prima facie–* no implican que estén rechazando de plano al feminismo o considerándolo perimido o innecesario en la coyuntura actual que habitan, si no recreándolo ingeniosamente en el marco de sus realidades particulares (Kehily 2012: 58). Aún incluso cuando lo hagan con poca o nula conciencia histórica y/o política explícita al respecto.

En el fuego cruzado de estas discusiones, la diferencia de clase opera nítidamente como un parte-aguas. Pues no es lo mismo, qué duda cabe, ser una chica de clase media inserta en algunas de las instituciones clásicas de la sociabilidad juvenil (familia, escuela, mercado de trabajo), que a su vez participa activamente de la industria cultural como consumidora y/o productora de estilos, objetos y sentidos en línea con, o a contrapelo de, los discursos sociales y mediáticos a ella dirigidos (tal como se lee en el Capítulo 1 de este libro), que una adolescente o una joven de sectores populares. Es sabido que, de cara a estas últimas, el mercado diseña nichos diferenciales de consumo “acordes” con su (magra) capacidad adquisitiva, los medios las presuponen con frecuencia *–reforzando el extendido sentido común al respecto–* como sexual y moralmente “ligeras”, y varias políticas públicas intentan incluirlas a cambio de pedirles que se reconozcan casi exclusivamente en la condición potencial o real de “madres precoces”.

Lo sugestivo es que si en el primer caso las chicas son percibidas como potencialmente decisoras de sus vidas, empoderadas para elegir caminos alternativos a la domesticidad y en apariencia sexualmente liberadas de las prescripciones morales que impone el patriarcado, en el segundo, cuando exhiben la marca de una pertenencia popular, son abrumadoramente vistas como jóvenes vulnerables o “en riesgo”: a quedar embarazadas, a contraer enfermedades de transmisión sexual, a consumir drogas, a ejercer la prostitución callejera, etc., tal como se observa en los relatos de experiencia explorados en el Capítulo 2. De hecho, en la gramática de los medios de comunicación, asentados como están en esa pulsión escópica que parece no dejar nada afuera, “ni lo horroroso ni lo íntimo, ni lo siniestro ni lo perverso” (Arfuch, 2009:21), las más pobres son taxativamente ubicadas del lado de la vulnerabilidad *–entendida formalmente como desposesión de derechos–*, o del de su dudosa moral sexual. Y entonces son nombradas y tratadas como “nenas” que han sido violadas

a los 14 años, “jovencitas” raptadas o abusadas, “menores” de la calle, cuando no llanamente aludidas como, o sospechadas de, “putas” o “putitas”, según las circunstancias.

Ahora bien, más allá del esquematismo con que aparece enunciado el contrapunto entre ambas representaciones según se trate de chicas de sectores populares o medios, es evidente que las dos proponen modelos de feminidad en los que la clase social, en lazo con el género y la edad, opera habilitando una distribución desigual de recursos y oportunidades. Y, en simultáneo, postulando poderosas ficciones antitéticas sobre la “deseabilidad” o “indeseabilidad” de unas y otras. En cualquier caso, cada una de estas representaciones constituye en sí misma un *tropo* del exceso asociado a las jóvenes, independientemente de su ubicación en la estratificación social, que funciona como un sistema anticipado de advertencias. Es decir, como un temprano signo de alarma ante ese “plus” que rebasa, o peligra rebasar, los contornos de lo que una sociedad considera, en cada momento, como lo “correcto”, lo “normal” o lo “esperable” para una joven.

Previsiblemente, en esas definiciones tácitas del “exceso”, la sexualidad de las chicas aparece como el principal criterio de su definición, ya sea en términos del atractivo físico, la disponibilidad sexual y/o sus capacidades sociales y morales para la reproducción. Por supuesto que con muy distintas consecuencias según los grupos. De hecho, cuando estos atributos se asocian a las imágenes mediáticamente consagradas de la feminidad juvenil “glamorosa”, es claro que la sexualidad de las jóvenes no comporta “riesgos” significativos, puesto que se la ha formateado con antelación y/o domesticado lo suficiente como para imprimir sobre ella una tácita regulación que no precisa exhibir sus mecanismos para funcionar casi automáticamente. Aquí todo “desborde” es, la mayoría de las veces, una opción ya prevista por la *ley de género* (por lo que en vez de interpellarla, la confirma en su “normalidad”), y nunca pues una amenaza genuina al sistema clasificatorio más amplio que, de este modo, permanece inalterado en su ejercicio y fundamentos. Es el caso, por ejemplo, de la sexualidad asociada a las “chicas de tapa” y a las jóvenes de la farándula (es decir, a integrantes de elencos de la televisión o de grupos de música del momento, modelos, bailarinas de programas masivos, “botineras”, novias de famosos, etc.), cuyo desempeño sexual conocemos —o creemos conocer— a partir del milimétrico relato que los formatos periodísticos y la industria del entretenimiento construyen de sus vidas eróticas —reales o ficcionales—, poco importa, en tanto chicas “atrevidas”, “desafiantes” o explícitamente “gozadoras”. Pero que, a poco de andar, se revela más bien como la “cuota” de desvío admitida que no pasa de ser un gesto impostado de su simulación, lo cual refuerza aún más los férreos contornos de lo

que hegemónicamente se espera, y se explota, de la sexualidad femenina en el marco heteronormativo del patriarcado. Sin desmedro, por supuesto, de los otros posibles e incontrolables efectos que algunas de estas irreverencias puedan disparar en las adolescentes y jóvenes lectoras en términos de nuevos imaginarios de transgresión.

Ahora bien, por fuera de estas *feminidades de diseño*, así entendidas por su condición ideológico-mercantil prefabricada, el conjunto de las jóvenes *comunes* vive y experimenta muy distintos márgenes de autorrepresentación y de agencia pública respecto de sus actuaciones sexogénicas. De hecho, los intentos institucionales y de la cultura masiva por regular ciertas prácticas y experiencias asociadas con algunos desempeños de sus sexualidades alcanzan un punto máximo de expresión en la ideología del llamado “pánico sexual”. Con este concepto, cuyo funcionamiento se analiza en detalle en el Capítulo 3, el análisis feminista ha procurado explicitar y denunciar el respaldo tácito —cuando no, la celebración— que numerosos discursos institucionales y mediáticos hacen cotidianamente del sexismo y de la heterosexualidad obligatoria como pilares organizadores de la ideología androcéntrica y patriarcal del sistema capitalista contemporáneo. Pensando en las jóvenes, el “pánico sexual” nombra, fundamentalmente, los constantes intentos de monitoreo y de evaluación moral que reciben las chicas comunes en función de ciertas prácticas, acciones o disposiciones que despliegan y que son inmediatamente leídas como “transgresiones” a las expectativas de feminidad que le son impuestas. Todo lo cual vuelve a poner de manifiesto las ansiedades sociales que despierta el nuevo status cultural de las chicas, y el miedo de las instituciones, los padres y los adultos en general a que queden fuera de control.

Por su parte, en el reverso de este temor por el “rebalse” de su sexualidad, se apunta su contrario: a que sean víctimas de abusos, violaciones y redes de trata, justamente por su condición sexual y de género, en vínculo con su “corta” edad. Lamentablemente, una ominosa empiria refuerza estos miedos. Desde María Soledad Morales, en 1990, que señala el inicio de una preocupación social específica al respecto y la tematización de estos delitos en términos de género, la larga lista de casos resonantes de chicas desaparecidas, violadas y/o asesinadas con saña, signos de tortura y violencia expresa alimenta las estadísticas de la explotación sexual y las muertes juveniles por femicidio en nuestro país. Delitos todos ellos que —como es sabido— atraviesan todas las clases sociales y sobre los cuales los medios de comunicación suelen construir una casuística del terror —en vez de una trama de inteligibilidad—, que exacerba el morbo sobre las víctimas, condena o absuelve apriorísticamente a los posibles victimarios desde su propio ágora y recrea una espiral de rostros, poses y biografías

de chicas asesinadas, desaparecidas o violentadas que reniega casi por completo del contexto, de la historia y de la política para producir, en su lugar, un relato encadenado sobre la amenaza que se cierne sobre *todas* las jóvenes. Y para reforzar constantemente la intranquilizadora insinuación de que la concreción de dichas amenazas quedará impune.

II. ¿Cómo y dónde quedan los varones jóvenes en todo esto? En una sociedad androcéntrica y patriarcal como la aún vigente en nuestros países –pese a los numerosos cambios culturales sucedidos en las décadas recientes–, es claro que ellos siguen ostentando visibilidad, así como representando arquetípicamente al sujeto juvenil universal en el sentido común más extendido. Inicialmente lo hicieron como protagonistas indiscutidos de las culturas juveniles del último cuarto del siglo XX y principios del XXI, con una valoración oscilante entre la del “alternativo ocasional” y la del sujeto “peligroso” que pone en jaque al orden social y comunitario. En la actualidad, y de modo casi inexorable en el caso de los más pobres, se los sigue tematizando recurrentemente como sujetos anómalos, conflictivos o “preocupantes”, en tanto son vinculados con el consumo de drogas, las peleas callejeras, la violencia escolar, los delitos, o los estilos y las prácticas “extremas”. Esta histórica construcción del *pibe pobre* como condensación de los significados sociales de la amenaza de caos y/o de quiebre del orden –que se reedita permanentemente y con éxito en programas televisivos del tipo “docu-show”–, también refuerza su eficacia ideológica –como ocurre con las chicas de sectores populares– en el par yuxtapuesto de “víctimas” o “demonios”. Ante ambas posiciones, y más aún en relación con la condición de género y sexual, la enunciación de ciertos discursos –los mediáticos de modo patente– activa una suerte de *populismo punitivo*, que funciona a partir de la producción constante de imágenes de jóvenes –como desafiados, alcoholizados, violentos, sin resto moral, perdidos por las drogas, etc.– que habilitan, y justifican, la sanción, la segregación, o la represión sobre ellos. Pero también, la producción o reforzamiento siempre disponible de nuevos o viejos estigmas sobre ciertos chicos considerados previamente como “problemáticos” o socialmente “inviabiles”. El mecanismo opera aceitadamente toda vez que, a la insistente mirada fija sobre estos varones jóvenes de sectores populares, exhibidos impunemente al ojo de la cámara (a veces, incluso, sin el “pixelado” obligatorio de su rostro cuando son menores de edad), o registrados rapazmente sin su consentimiento, le corresponde una igualmente explícita invisibilización de toda referencia que permita contextualizar esas vidas en algo más que una “localización” típica de la pobreza y del dete-

rioro moral (la salida de una bailanta, el refugio callejero para el consumo de paco, el paredón “grafitteado” al costado de las vías del tren, la oscura esquina del levante prostibulario, etc.). La eficacia reside, así, en la sistemática obliteración del vínculo de estos jóvenes con lo colectivo y con el Estado, y en la idéntica negación a conectar sus realidades con la pregunta por los derechos que le son negados y por los intereses corporativos que legitiman y profundizan su desigualdad. En todos los casos, se diluye una construcción de joven como sujeto político y como ciudadano, justamente porque estas representaciones restrictivas operan sobre una matriz maniquea y de contraposición irreconciliable, que extrema la economía política de su lenguaje a un conjunto de rasgos estereotipados y estigmatizadores. Y, en el mismo movimiento, fuerza a los públicos a pactar con los mecanismos ideológicos que trabajan movilizándolo continuamente el sentido común y recordando, de este modo, el tipo de sujetos, prácticas y consumos juveniles que “conviene” evitar en lo cotidiano (Elizalde, 2012).

El revés de esta construcción (hetero) normativa de la masculinidad juvenil pobre –resumida en esa imagen del “pibe sacado”, fuera de la escuela y socialmente amenazante–, es la figura del joven exitoso de clase media, no exento del todo de la carga opresiva de la matriz patriarcal, aunque muñado de otros recursos y márgenes de acción. Así, en su faz celebratoria, la representación masculina típica y “deseable” es hoy la del galancito, el deportista o el músico, pero también, del *nerd* informático, o el alumno -que-hace-las-cosas-bien y sale en los diarios por alguna “buena acción”. Todas figuras de varón joven que obtiene reconocimiento social –y adicionalmente, iluminación mediática– por haber comprendido a la perfección lo que el guión hegemónico del género espera de él. Esto es, en primer lugar, la performance pública de un desempeño racionalizado, bajo la forma de la exhibición de un “talento” (artístico, deportivo, inventivo), o de una “vocación” (humanitaria, política, etc.). Luego, una filiación institucional que opere como evidencia de que se está “dentro” y no “fuera” del orden social y moral establecido –fundamentalmente, que esté o haya estado en la escuela, en tanto espacio material y simbólico delimitado y bajo el control de quien en cada contexto opere como autoridad guardiana del orden. Y por último, estos “buenos chicos” deben poder demostrar públicamente una virilidad indubitable, pero no necesariamente “excesiva”, de manera de no hacer peligrar la extendida corrección política con desvíos hacia zonas “reprochables” como la violencia de género, ni de poner en duda la efectividad del verosímil, deviniendo caricatura, ya que esto desestabilizaría la ansiada fijeza de la orientación sexual “esperable”.

Una coda interesante a estas existencias públicas estereotipadas de mujeres y varones jóvenes puede rastrearse en las discusiones y polémicas

cas que suscitó hace un par de años la sanción de la ley de “voto joven” en Argentina, en las que chicas y chicos fueron nombrados y presentados en igual medida y frecuencia, ya sea en su condición de militantes y activistas o, por contraste, como sujetos desconectados/as, escépticos/as o sin responsabilidad cívica suficiente para involucrarse en los asuntos políticos y en la elección de candidatos. Como se advierte, el binarismo moral que clasifica a las y los jóvenes como sujetos con voz propia y derechos (los menos), o como sujetos malogrados/as o inviables, encuentra en el binarismo de género (Bourdieu, 1998) un renovado impulso para potenciar su arrolladora fuerza, que consagra ciertas feminidades y masculinidades, mientras señala el carácter abyecto de (todas) las demás.

III. De todos modos, y de manera más general, el reconocimiento del nuevo lugar que detentan hoy las jóvenes en el orden social y de género se vincula con un conjunto complejo de transformaciones culturales, económicas, políticas y normativas más extensas, previas y en curso, que en la actualidad les habilita a muchas de ellas –pero de ninguna manera a todas–, a vivir más libremente su sexualidad, aflojar los lazos de su confinamiento a la esfera doméstica como destino ineluctable, ampliar sus márgenes de autonomía económica, dilatar y diferenciar sus definiciones sobre pareja e hijos, e incluso, expandir sus oportunidades y circunstancias de maternidad gracias a las nuevas tecnologías reproductivas. De hecho, varias de las leyes promulgadas en la última década en el país van en este sentido, y aportan al corrimiento de antiguos umbrales hacia la ampliación de los derechos comprendidos en una idea de ciudadanía sexual y de género que alcanza a los/as más jóvenes. Se destacan al respecto las normativas promulgadas en materia de salud sexual y reproductiva (2002), parto respetado (2007), prevención y sanción de la trata de personas (2008 y 2012), violencia hacia las mujeres (2009), matrimonio igualitario (2010) e identidad de género (2011). Con la excepción, cabe aclarar, de la recursivamente demorada ley que despenalice la interrupción voluntaria del embarazo y evite, de este modo, la reiteración de cientos de muertes de mujeres jóvenes por año por complicaciones de abortos realizados en condiciones precarias o inseguras.

Ahora bien, en estas nuevas circunstancias que venimos retratando ¿qué cambió específicamente para las mujeres jóvenes de hoy respecto de quienes fueron sus pares unas generaciones atrás? ¿Cómo conviven en su experiencia biográfica y social las rémoras del sexismo y el patriarcado con un más extenso margen de ejercicio de derechos en temas de placer y sexualidad, reproducción, participación social y política y derechos humanos en clave de género? Y además, ¿cómo impactan estos

contrastes y estas oportunidades en las trayectorias vitales de las chicas pobres y en las propias de las jóvenes de clase media?

El presente es, sin dudas, un *tiempo de chicas*. Tanto porque ellas han finalmente “aparecido” en la escena pública como protagonistas de imágenes, símbolos y narrativas culturalmente pregnantes, como porque su mayor visibilidad reclama con urgencia un análisis cuidadoso de la relación entre esta creciente centralidad y las condiciones más amplias en las que la distinción de género se articula desigualmente con los clivajes de la clase, la edad, la etnia y la generación, en sus vidas concretas.

Ante este novedoso mapa de la condición juvenil en la cultura, las ciencias sociales locales enfrentan el desafío de asumir una doble y perentoria tarea. Por un lado, producir conocimiento situado y actualizaciones rigurosas sobre la multiplicidad de significados, prácticas y experiencias desplegadas por las mujeres jóvenes en nuestro país, largamente opacadas en su especificidad cultural por la preeminencia de los varones en las agendas públicas sobre juventud. Por otra parte, responder con herramientas analíticas y compromiso epistemológico a la oportunidad –hasta ahora pocas veces aprovechada– de analizar este emergente universo juvenil de las chicas desde una perspectiva crítica de la diferencia de género. Entiendo que sólo a partir de esta doble empresa es imaginable la recreación de un diálogo intergeneracional plural y franco, así como la formulación de nuevas preguntas sobre las condiciones de experimentación del género y la sexualidad por parte de nuestras jóvenes, desde una retórica, pero también una ética y una intervención que sean profundamente políticas.

Este libro es un intento de aportar a ambos desafíos, actualmente en marcha.

* * *

Los relatos de experiencias que se analizan a continuación no pretenden constituirse en “representativos” de las formas en que las jóvenes de sectores populares y medios de nuestro país percibirían, evaluarían o nombrarían el mundo social que habitan. Tampoco se aspira a que sus discursos sean leídos y sopesados en tanto “expresiones” más o menos coherentes de los modos en que se distribuyen las estratificaciones sociales o se constituye hoy la vida social, cultural y política de “las-mujeres-jóvenes-de-Argentina”.

Se trata, más bien, de la contextualización de un conjunto de narraciones producidas en condiciones históricas concretas, como parte de experiencias, subjetividades y prácticas individuales y colectivas, que requieren de su especificación explícita en cada análisis. En este sentido es

que concebimos a la trama de relatos y testimonios relevados como una *zona culturalmente crítica*, que abre y complejiza el estudio de las voces de las jóvenes, al focalizar en los modos variables en que el relato de sus experiencias concretas se anuda históricamente a sensibilidades y formas de percepción autobiográfica. Pero también, a la posibilidad de reescribir, traducir, rehistorizar y volver a leer el propio lugar mientras se (lo) narra, en relación con experiencias de género y sexualidad compartidas con, u opuestas a, otros grupos.

CAPÍTULO I

Dueña de mi propio viaje Experimentación artística y rebeldía antipatriarcal

En el marco de una investigación reciente sobre dinámicas de consumo y producción cultural de mujeres jóvenes de clase media, este capítulo aborda el vínculo entre experiencias de edad y generación, prácticas artísticas y formas de experimentación de la diferencia de género, a partir del relato de vida y las producciones culturales de una joven artista dedicada al diseño sustentable de moda, accesorios, packaging, juguetes y ambientaciones para recitales de punk y reggae¹.

Me interesa, en este sentido, reconstruir críticamente las modalidades prácticas en que ciertas consignas del feminismo, pero también de otros espacios de lucha contra la discriminación en clave de género, reaparecen, actualizados y resignificados en sus formas, contenidos y alcances, en la experiencia concreta de chicas que, como la protagonista de este análisis, no se reconocen necesariamente en aquellas tradiciones de lucha, pero advierten con agudeza la operatoria del sexismo y de la lógica patriarcal en sus entornos cotidianos, y desarrollan modos expresivos – códigos, lenguajes, objetos, performances– de denuncia e interpelación hacia esos discursos restrictivos.

Como parte, pues, de un estudio más amplio, la indagación apunta a analizar circuitos y materiales culturales producidos por chicas de clase

1. Agradezco profundamente a Carolina Ivonne Caamaño por brindar su testimonio y compartir sus experiencias en primera persona, en el marco de la larga entrevista que le realizara como parte del relevamiento etnográfico desarrollado para la investigación por entonces en curso, hoy finalizada y plasmada parcialmente en este artículo original. El estudio incluyó, además, el análisis documental, así como la indagación socio-comunicacional y semiótica de parte de su vasta obra, publicada en una diversidad de fuentes digitales.

media, y formulados alrededor de significados y prácticas asociadas al género y la sexualidad, haciendo foco en dos conjuntos de elementos. Por un lado, las apropiaciones, usos y asignaciones de sentido que de estas experiencias realizan las propias jóvenes, a partir de la identificación de los propósitos (estéticos, morales, ideológicos, políticos) que las movilizan, las trayectorias biográficas y socioculturales que traman sus itinerarios como consumidoras y productoras de bienes culturales, y las condiciones sociales más extensas en las que dichos procesos se realizan. Por otro, las ideas y representaciones que tienen de su condición de mujeres jóvenes y que las posicionan en distintos lugares respecto de las feminidades hegemónicas, conforme a los interjuegos que la diferencia de género entabla contextualmente en sus vidas con otras distinciones centrales, como la clase, la edad y la generación.

La pregunta que sobrevuela el análisis retoma el debate actual sobre los alcances de las conquistas y los reclamos del feminismo y los movimientos de mujeres —en materia de equidad, autonomía sobre el propio cuerpo, y lucha contra la violencia de género—, en la vida concreta de las más jóvenes, hoy masivamente atravesadas por las propuestas ideológicas y de consumo de la industria cultural, la moda y el culto a la belleza (Kelly 2005; McRobbie, 2009). Propuestas que en su mayoría las invitan a gozar y exhibirse “libremente” por su sola condición de chicas deseadas y deseables, en general desconociendo el espesor histórico de las luchas reivindicativas previas, que habilitaron el clima de mayor libertad sexual e identitaria del presente, y obliterando todo autoexamen respecto de la persistencia de rémoras sexistas al interior de sus propias opciones de mercado.

En este sentido, me interesa explorar qué piensan y hacen las jóvenes que no entran en complicidad con el sexismo que impera en diversas ofertas culturales dirigidas a ellas, al tiempo que rechazan los efectos estigmatizantes y discriminadores que provocan los discursos conservadores sobre los roles tradicionales de mujeres y varones, las expectativas diferenciales de empoderamiento para unos y otras, y las prescripciones morales alrededor de las diferencias sexo-genéricas. ¿De qué modos la alternatividad cultural y la experimentación artística, que muchas “chicas comunes” despliegan como parte de su construcción identitaria, representan una práctica y una experiencia claves en el trazado de formas emergentes de interpelación al orden patriarcal y el diseño de nuevos modelos de feminidad para sus vidas?

Rebelde sin jaula y sin mandatos

“Jaula de Pájaros” es el nombre que Carolina Ivonne Caamaño le puso a la colección que presentó en 2010 al concurso *Arte contra la Discriminación*², organizado por el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI), ese año dedicado a la *Moda Inclusiva*³, y por la cual fue premiada, en representación de la provincia de Buenos Aires. De ese conjunto –que incluía varios vestidos hechos a partir del ensamblado de collares realizados íntegramente con papel de revistas, diarios y envoltorios en desuso–, la prenda seleccionada fue un vestido realizado en cintas al bies y batista, materiales con los cuales diseñó una suerte de *burka* y de falda-jaula para denunciar los intentos de opresión femenina desde la vestimenta y la histórica tiranía del corsé, el miriñaque y hasta del cinturón de castidad.

“Mi diseño –dijo a la prensa en esa oportunidad– procura plasmar en sus tramas la represión, y en sus colores, la libertad. De ahí su morfología de jaula cerrada que en su interior contiene los colores de los pájaros. Considero que la mujer estuvo siempre oprimida por la ropa. Algunas fueron obligadas a dar pasos cortos y a no dejar crecer sus pies. Otras, a cubrirse el rostro y todo el cuerpo, asfixiándolo, restringiendo la libertad, agotando la comunicación” (en Página 12, 19/2/2010, digital).

Y en su blog personal, además, se preguntaba: “En esas condiciones ¿cómo ser madre?, ¿cómo poder hacer de compañera?, ¿cómo mantener una vida?”.

2. El concurso del INADI en su edición 2010 tuvo por consigna proponer instancias de diseño de indumentaria asociadas con la no discriminación y el respeto a las diversidades. Entre los disparadores para las distintas colecciones presentadas se promovía la alusión a un arco amplio de sujetos y circunstancias frecuentemente objeto de estigmatización, exclusión y/o represión, como los adultos/as mayores, los/as afrodescendientes, la discapacidad, la diversidad sexual, la diversidad religiosa, las identidades y relaciones de género, las juventudes, las personas migrantes y refugiadas, los/as niños, los pueblos originarios, el campo de la salud, de los deportes, el trabajo, la educación, los medios de comunicación y la pobreza.

3. Del 9 al 11 de febrero de 2010 diseñadores/as de moda de todo el país asistieron a seminarios, talleres y exposiciones propuestas por el INADI para el ciclo anual de “Arte contra la Discriminación”. En su transcurso, hubo paneles de debate sobre la situación de las cooperativas de trabajo vinculadas con la manufactura de moda a precios justos, del diseño y la responsabilidad social en indumentaria, así como sobre la ley de talles, la moda masiva y el diseño plural. El cierre del evento fue el desfile por parte de los/as integrantes de los Foros de la Sociedad Civil del INADI, quienes lucieron las prendas que resultaron ganadoras del concurso.

Ivonne nació en Comodoro Rivadavia, y al momento de entrevistarla acababa de enterarse que estaba embarazada, a sus 24 años⁴. Su pareja, unos quince años mayor que ella, integraba una clásica banda local de reggae. Ivonne compartía con él, de hecho, la pasión por ese estilo de música, si bien sus intereses artísticos rebasan cualquier clasificación. En principio, es diseñadora y vestuarista, recibida en la Asociación Biblioteca de Mujeres, pero su trayectoria de creación y de circulación por/desde diversos lenguajes artísticos se inicia desde muy chica, cuando su mamá le pagó el primer curso de danzas españolas a los 4 años, que Ivonne cambió luego por el de aerobics, práctica que realizó por más de 7 años en su ciudad natal, junto a salsa y hip hop, además de aficionarse a deportes extremos. En paralelo, también pintaba, actuaba y cantaba.

—La imagen que tengo desde chica —dice en la entrevista personal— es de haber sido criada y educada por mi mamá, que es una persona muy sufrida, con un padre ausente, y que se fue de su casa en busca, justamente, de ese padre que casi no conocía, y huyendo del maltrato. Lo encontró en Comodoro y casi enseguida conoció a mi papá y quedó embarazada de mí.

En el relato que la joven hace de su vida, el vínculo de pareja de sus padres aparece rápidamente teñido por la marca de la violencia sexista. En sus palabras:

—No me acuerdo el detalle, pero sí me acuerdo de la violencia entre mis padres, gritos, insultos. Ella siempre decía que él no la había dejado estudiar, y ella le contestaba “vos sólo servís para cortar fiambre”, y eso se ve que le dolía muchísimo a mi papá, que le pegaba en su orgullo. Las cosas no estaban bien entre ellos, pero en verdad mi mamá se llevó la peor parte. Un día, tras una pelea con mi papá, se fue sola. Nos dejó a mi hermano y a mí y se fue por varias horas, estaba como aturdida. Luego volvió y acordaron que los hijos nos quedaríamos con ella. Y mi papá se vino a Buenos Aires. A los dos años volvió, vino con plata, y desde entonces, la relación con él fue la típica relación de domingo: que me llevaba al circo, al cine. Pero no nos pasaba plata, porque decía que mi mamá se la iba a gastar toda en ella. [Sin embargo] la que salía a trabajar, era mi mamá. La que nos cuidaba, era mi mamá. Me acuerdo que para llevarme a danzas hacíamos los tres, con mi hermano que en esa época era re chiquito, un viaje larguísimo en colectivo, con un frío tremendo, con tal

4. Meses más tarde, cuando ya su pequeña hija tenía 4 meses, el único hermano de Ivonne fue muerto a balazos en aquella ciudad patagónica a sus 23 años, dolor que la joven transfiguró durante los años posteriores en una impactante obra de diseño escenográfico, de vestuario y objetos como parte de su proceso de “sanación interior” a través de su segunda lengua-madre: el arte. La colección fue registrada fotográficamente y publicada en su blog y otras páginas de diseño y arte visual.

de que yo fuera a hacer lo que me gustaba tanto. Hizo muchos sacrificios por nosotros, mi mamá.

La de su madre es, de hecho, la primera figura femenina que inspira a Carito —como le dicen los íntimos— a reflexionar, en el espacio concreto de sus prendas y de sus creaciones con materiales de desecho—, sobre los hilos más o menos sutiles de la opresión patriarcal, y acerca de aquello que la antropóloga Rita Segato señala como la autorización social tácita que los hombres se arrogan sobre el cuerpo, el destino y la subjetividad de las mujeres. Y que, en el extremo, habilita lo que esa autora llama la “violación alegórica” (2003: 40), donde lo femenino y lo feminizado funcionan como objetos transaccionales del deseo masculino, operando de esta forma una efectiva destitución de toda dimensión emancipadora del género.

Ivonne reconoce que la experiencia de sufrimiento de su madre en relación con el maltrato, la desvalorización y las prohibiciones de las que fue objeto por parte de su esposo, el papá de la joven, fueron marcadores fuertes de su preocupación por incluir en sus obras la exploración crítica de los discursos que hablan de las mujeres y/o les imponen modos obligatorios de ser, expresar y vivir la feminidad.

Así, su creación “Jaula de Pájaros”, le permitió lanzar una crítica a la ideología restrictiva que organiza la industria cultural de la moda y, simultáneamente, a los modos de configurar, en ese escenario estratégico, las formas hegemónicas y admisibles de lo femenino:

—A la mujer hoy la muestran como una mascota. Y muchas de ellas creen hacer lo que quieren y ser dueñas de sus vidas, por ejemplo las que se muestran desnudas en las tapas de revistas, lejos de que eso sea arte. La mujer debería ser como el pájaro libre, dueña de su viaje, lleno de color natural. Relacióno pájaro y mujer así: son seres coloridos, que deben ser libres. (...) También creo que [la mujer] estuvo y está en algunos casos encerrada en una jaula, como algunos pájaros, por la cultura, las creencias, la sociedad, la moda (en Bobadilla, 8/12/2010, digital).

Trayectorias socioculturales

La secundaria de la joven fue un periodo muy rico en descubrimientos estéticos. En Bellas Artes aprendió los conceptos básicos de música, teatro y diseño, pero sobre todo recuerda el salto que implicó salir de su barrio de clase media baja, en la periferia de su ciudad —“un barrio jodido”, en sus palabras— y empezar a pasar varias horas en el centro, donde quedaba su escuela. Allí encontró nuevos amigos y en sus largos ratos de plaza y cerveza se conectó con la escena del punk y el rock local. Fue

entonces, a sus 14 o 15 años, que trazó sus primeros diseños de ropa y de accesorios regida por el precepto punk del “Hazlo tú mismo”, y comenzó a confeccionar bolsos de peluche e intervenir prendas y accesorios, como pins y vinchas. También fue vestuarista de distintas bandas de punk y reggae en centros culturales autogestionados de su ciudad, y organizadora de recitales de bandas como Boom Boom Kid y 250 centavos, en galpones y en antiguas panaderías de aquel frío enclave patagónico.

—Diseñaba mi propia ropa, la cosía a mano, con lo que encontraba, y le escribía cosas: “too late”, “ni botas ni votos”, “anarquía”, cosas así. No tengo el recuerdo de haber ido nunca a comprar tela. Mi abuela me juntaba cosas, lanas, telas, ropa de mi abuelo, todo lo que no le servía, y que para mí era oro. Por ahí salía a la calle con un tutú negro y así iba a la escuela. No me gustaba nada lo que se usaba, y tampoco en mi casa había plata para comprarme ropa, así que me cosía cosas locas. Mi traje de fiesta de fin curso fue un vestido fucsia con corset negro que me lo cosí con la máquina de coser que me regaló mi mamá a los 17. Lo usé con zapatillas. También me teñía el pelo de distintos colores: blanco, rosa, amarillo, celeste. Creo que estaba muy enojada con todo. Me peleaba mucho con los compañeros chetos, con lo que representaban.

Casi previsiblemente, no fue fácil para Ivonne desplegar en aquel entorno ciudadano de base provincial la feminidad rebelde, rupturista e impugadora que exhibía con su estilo y producciones. Los primeros detractores fueron, de hecho, algunos de sus propios pares. Pero en simultáneo, también despertó el interés de otros chicos y chicas, que comenzaron a emular su look. Sin embargo, para entonces, la joven ya transitaba por otras vías de su movедiza búsqueda experimental:

—El problema —narra— fue cuando todos los que me señalaban y se burlaban de mí, en la escuela y en el barrio, empezaron a copiarme en la forma de vestir, y ahí fue cuando dije “bueno, ahora que todos quieren vestirse como yo, pero sin la ideología ni el contenido que intento darle a la ropa, ahora me voy a vestir tranquila”. Además, después de darme cuenta que lo punk tampoco estaba tan bueno, que sus seguidores lucraban con su discurso, así que me re desilusionó, y pasé a otra cosa. Pero mientras estuve cerca del punk, fue un momento de mucho descubrimiento para mí.

En 2006 se mudó a Buenos Aires para estudiar diseño de indumentaria en la Asociación Biblioteca de Mujeres. Además de estudiar, trabajó bailando salsa en un club nocturno y exploró al máximo la vida cultural de la capital porteña: audicionó en diversos castings, actuó en una obra de teatro y en el video de una banda de punk-rock. Más tarde se sumó al colectivo de diseño “Ropas Desastre”, junto a tres jóvenes más, que se

proponían resignificar al clásico combo de la camisa y al pantalón *Ombú* y convertirlos en prendas urbanas y soportes de reflexiones alrededor del mundo del trabajo y la cultura del rock.

Su interés por el arte callejero, el graffiti y los juguetes de autor la condujeron hacia el dibujo, que se mezcló con la búsqueda de texturas y técnicas nuevas y el reciclado de materiales. Desde entonces hace, entre otras muchas cosas, accesorios en papel, muñecos con retazos de tela, collares con cuerdas de bajo y de guitarra en desuso, calzado y carteras con materiales cotidianos reutilizados, a los que acompaña con textos que funcionan como manifiesto y les provee de un packaging especial, confeccionado con materiales de reuso.

Al respecto, en varias secciones de su blog, la joven indica su interés por inscribir su vasta producción estética en un campo que fusiona el diseño sustentable con el abordaje de temáticas sociales como la condición femenina, la libertad de expresión, el cuidado de la naturaleza y la vuelta a lo espiritual como dimensión inseparable de lo humano. Ejemplo de esto último es la colección “Santas Carteras”, compuesta por carteras de mujer hechas con bolsas de cebolla y papa, combinadas con telas, estampados, cintas antiguas y aplicaciones de imágenes de vírgenes y ángeles celestiales, como gesto de revalorización laica de la simbología occidental de lo sagrado. Más recientemente fundó con otra joven diseñadora la marca “Sangre, portadora de arte”, que confecciona mochilas de soporte reciclado en las que también se usan símbolos religiosos “no para identificarse sino para sensibilizarse” y para “volver a nacer con cada creación de la mano de nuestra evolución espiritual” (en QT, 2014, digital).

“Soy dos manos, una tijera y material en desuso”, se define Ivonne. Y aclara que para ella “no existen los límites del diseño, si se respeta la vida”. En esta línea, procura que todas sus obras sean “únicas, bellas y llenas de amor”, características que –afirma– descansa en su condición material y autoral: todas ellas están hechas a mano, “con dedicación y paciencia”, “en momentos de paz, donde cuerpo y mente componen algo que no volverá a ocurrir jamás”. La invitación que lanza no puede ser más diáfana: un convite a que “nos reinventemos, nos reciclemos, dejemos de correr y creemos. Sé que a veces estamos apurados –admite– pero hay que parar y preguntarse ¿hacia dónde estoy yendo?”.

Cuerpo y erotismo de “chicas comunes”

En la multifacética obra artística de Ivonne, el cuerpo es un territorio expresivo de altísima potencialidad, así como un campo de relaciones –con el deseo, la salud, el bienestar espiritual y la sexualidad– a descifrar y revin-

cular constantemente. De allí que su propia imagen como superficie de inscripción y mostración de sus creaciones no responda a ningún narcisismo más o menos encubierto, sino a una práctica espontánea de significación siempre fluida con el erotismo que, sin siquiera decirlo de esta forma, señala los modos emergentes de politización de la experiencia corporal.

Así, además de ser su propia modelo para exhibir en su blog sus prendas y accesorios (“Me hago cargo de que estas artesanías las hago yo, y además me interesa mostrar que son para chicas comunes, como yo”), también posó vistiendo únicamente sus collares en *Santa Carne*, la muestra fotográfica de desnudos femeninos producida por un reconocido periodista visual, para cuya realización se seleccionaron como modelos, justamente, a “mujeres comunes”. Como indica una reseña de esta muestra, las retratadas allí son mujeres “jóvenes, vitales”, “que no reconocen cicatrices de cirugía plástica” y “que han aceptado el juego de la imagen”. Al respecto, señala la crítica, “sin ser víctimas de la estética, estas chicas se sumergen en un papel de modelo que les causa gracia, ya que pierden la ropa sin perder la inteligencia” (visualmente.blogspot).

En este sentido, la joven explica en estos términos su participación en dicha experiencia fotográfica:

—Quería mostrar los collares sólo con la piel, pero sin que se leyera como sólo carne. No me interesaba verme sexy ni decirme “qué buena que estoy”. Si se me tenía que ver un rollo, que se viera. El diseño y el cuerpo son poderosas herramientas de comunicación, y hay que utilizarlas con conciencia de ello.

A contrapelo, pues, de la hipersexualización de las mujeres jóvenes que impulsa la cultura del consumo, procurando incluso, articularse asututamente con temas propios de las agendas del feminismo (como el de autonomía del cuerpo o el derecho al placer), Ivonne rechaza todo hedonismo. Al mismo tiempo denuncia, con sus intervenciones artísticas, las nuevas formas de segregación que suponen esos discursos de mercado orientados a las chicas, cuando las reinscriben en la escena pública bajo el poder disciplinador de la subordinación de género que subyace en sus interesados regímenes de imagen y feminidad (De Lauretis, 1989; Kehily, 2008; McRobbie, 2009).

Desde el reverso de la trama

Muchas de las prácticas y pequeñas batallas que chicas como Ivonne emprenden desde sus realidades biográficas, por la construcción autónoma de sus identidades de género y el ejercicio flexible de su sexualidad,

pueden pensarse como parte de sus respuestas cotidianas al sistema patriarcal y el sexismo, que aún operan con poderosa insistencia sobre ellas. En el caso particular de la joven aquí retratada, estas acciones encuentran en la experimentación artística un lenguaje multiforme de expansión que le permite no sólo retomar si no fundamentalmente intervenir y reciclar, y por lo tanto, transformar, desplazar, resignificar y recontextualizar contingentemente –como lo hace en su propia obra con los materiales de reuso– las narrativas hegemónicas sobre el cuerpo, la belleza y el estilo “deseable” de las mujeres jóvenes. Sus maneras de hacer arte y de producir objetos culturales, desde una perspectiva que conecta tácitamente con tópicos y derechos reclamados por los combates históricos del feminismo (aún sin reconocerse abiertamente en esa tradición), se articulan con planteos de alternatividad cultural (autogestión, sustentabilidad, reencantamiento espiritual). Planteos éstos que potencian la formulación de diversas experiencias de resignificación, al tiempo que activan formas de subjetividad y habilitan modos específicos de sociabilidad e intervención. Es decir, de producción de conciencia crítica en torno a distintas cuestiones referidas a la dimensión sexo-genérica. Por ejemplo, las asociadas a la naturalización de la violencia hacia las mujeres, los roles tradicionales de género, las imágenes moralizantes sobre el erotismo femenino, o las concepciones hegemónicas sobre los cuerpos y la belleza juveniles.

A Ivonne, al menos, razones no faltan para sentir que ya es hora de tener voz propia en estos temas. En sus palabras: “Ya antes nos hemos desilusionado con todo. Ahora nuestra realidad la hacemos nosotras” (en QT, 2014, digital).

CAPÍTULO II

Feminidades a prueba *Relatos de jóvenes institucionalizadas*⁵

Según las estadísticas –tanto nacionales como de la Ciudad de Buenos Aires– las mujeres son quienes encabezan, en la actualidad y desde hace ya algunas décadas, el mayor número de jóvenes institucionalizadas por razones de “vulnerabilidad psicosocial” en los llamados “Hogares de Convivencia” de la capital porteña. Casi todas ingresan porque han sido abandonadas por sus familias, golpeadas, abusadas y/o por estar en “situación de calle”. Proviene en su mayoría de las villas y zonas más pobres y densamente pobladas de la ciudad y el Conurbano circundante. Representan “la otra mitad” de las estadísticas sobre las juventudes pobres “conflictivas” porque, a diferencia de los varones –que están al tope del ranking de los infractores de la ley penal en este particular universo de prácticas y sentidos sobre lo juvenil–, ellas son, junto con las niñas (y pese al bajo índice oficial de denuncias), las principales víctimas de los delitos de orden sexual, así como de la violencia de género entre los/as menores de 18 años en esa ciudad (Secretaría Nacional de Niñez, Adolescencia y Familia –SENAF– y UNICEF, 2012).

Este es el contexto en el que fueron relevados los testimonios y relatos que a continuación se analizan, en el marco de una investigación más amplia sobre los procesos de construcción institucional, política y mediática de imágenes de “peligrosidad” asociadas a la juventud urbana de sectores populares de Buenos Aires, y sobre las respuestas producidas ante estas regulaciones por parte de un grupo de chicas pobres (Elizalde 2009, 2011 y 2013). Este artículo se centra específicamente en un conjunto de discursos y

5. Una versión anterior de este trabajo, aquí reformulado, fue publicada bajo el título “Políticas del deseo y chicas con voz propia. Experiencias juveniles en torno al género y la sexualidad”, en *La Ventana* N° 30, Vol. IV, Noviembre. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara, 2009, pp. 121-147.

prácticas de mujeres jóvenes pobres que, al momento del trabajo de campo, habitaban un Hogar de Convivencia dependiente del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires –hoy desactivado– de la zona sur de la capital porteña (aquí lo denominaré ficticiamente La Casona), luego de haber vivido en la calle o de estar comprometidas en el circuito del robo menor y/o la prostitución⁶. El objetivo es explorar los modos en que formulan y experimentan sus actuaciones de género y sexualidad en el marco de estas específicas condiciones sociales e institucionales de existencia, así como las maneras en que se sitúan en relaciones, prácticas e instituciones sociales que están previamente estructuradas alrededor de modelos genéricos restrictivos, como el sexismo y/o el androcentrismo, en tanto operaciones ideológicas claves del patriarcado. Se parte de considerar a estas experiencias juveniles como materiales cruciales para la discusión más extensa sobre la subjetividad y la construcción de modos emergentes de feminidad entre las jóvenes de sectores populares. Pero también, como espacio estratégico para la exploración de los alcances que estas actuaciones tienen como alternativas de transformación social, en el marco de los procesos hegemónicos de regulación cultural y política de las diferencias culturales en el contexto local contemporáneo.

En lo que sigue, intento responder a algunas de las preguntas claves que actuaron como disparadores de la exploración sobre la experiencia de género y sexualidad entre estas chicas pobres institucionalizadas. Entre ellas: ¿qué prácticas y sentidos implica ser “mujer” en los contextos normados del barrio/villa y de la calle?, ¿cómo gestionan su sexualidad en relación con las demandas de sus pares varones y de sus propios deseos?, ¿qué feminidades y actuaciones del deseo sexual se construyen en la dinámica de la villa, y cuáles en el marco de su institucionalización en Hogares para niños, niñas y jóvenes “sin cuidados parentales”⁷? Además, ¿en qué medida

6. Se trataba de jóvenes de hasta 18 años regidas por el entonces vigente modelo de “asistencia integral” de niños/as y adolescentes en “situación de emergencia y/o alta vulnerabilidad social” (es decir, en situación de calle, en conflicto con la ley penal, víctimas de abusos y otros delitos, con problemas de adicción y adolescentes embarazadas), cuyas redes familiares se habían debilitado temporal o definitivamente, y que permanecían transitoriamente internadas en este tipo de Hogares de Convivencia, de población mixta, dependiente del Consejo de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes, de la Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, hasta tanto su destino fuera decidido por alguna autoridad competente, según el caso. Tras la reglamentación de la ley 26.061, en 2006, este sistema devino en uno de “protección integral de derechos”, ante lo cual los Hogares y otras dependencias de guarda debieron adaptar sus prácticas institucionales al nuevo modelo normativo y de intervención, que supone, entre otras cosas, que ningún menor podrá ser separado de su familia por motivos económicos.

7. Esta denominación alude a aquellos “niños, niñas y adolescentes que han sido separados de su familia de origen, nuclear y/o extensa o de sus referentes afectivos y/o comunitarios

la especificidad de estas experiencias de género, clase y edad pueden ser leídas como formas de lucha y/o como estrategias emergentes de respuesta ante la exclusión, la discriminación y la represión de la que son objeto estas chicas, precisamente por su condición genérica, clasista y etaria?

El trabajo parte de una definición de masculinidad y de feminidad en tanto configuraciones históricas de la identidad que, pese a su apariencia como marcas de inscripción original impuestas por la cultura, forman parte de un proceso incompleto de producción de diferencias. La articulación más o menos contingente de estas distinciones con otros anclajes de sentido y ejes de poder —como la clase, la etnia, la edad, la orientación sexual, el prestigio, etc.— señala, pues, el carácter intrínsecamente *indeterminado* del género. Por lo tanto, susceptible de cambios, reversiones y resistencias múltiples (Butler, 2001).

Esta manera de entender la feminidad es clave a la hora de analizar el universo de prácticas, sentidos culturales y relaciones sociales que —en la esfera doméstica, los circuitos barriales, las salidas en grupo, las conversaciones informales, y muchos etcéteras más— participan activamente en la definición de las modalidades en que la sexualidad y el género son usados y experimentados por las mujeres jóvenes pobres de este estudio.

“Cachivaches” y “novias”: figuras de la moralidad sexual

Como parte de las regulaciones del género y la sexualidad que se ejercen socialmente sobre muchas chicas en relación con su reputación sexual y moral (Lees, 1994), las jóvenes entrevistadas en el Hogar La Casona no estaban fuera de los debates implícitos que se daban en su entorno sobre los modos “legítimos” de ser mujer. Como advertí en relación con otros temas, prácticamente todas las referencias que daban al respecto remitían a experiencias y relaciones sociales construidas durante su estadía en la calle, integrando pequeñas bandas de amigos/as o compañeros/as de travesía, con quienes compartían el techo de una casa tomada, la frazada para taparse en las noches de invierno, y la comida, cuando había. La discusión parecía oponer al menos dos posturas: por un lado, la que veía a la banda o comunidad callejera como un espacio abierto que les permitía a las chicas expresarse sexualmente con mayor libertad y, al mismo tiempo, ser respetadas en su deseo —por contraste con el barrio de pertenencia y la propia familia, cuyo principal fantasma es que las jóvenes “salgan embarazadas”, por lo que aplican severos controles y/o castigos sobre ellas. Por el

por haber sido dictada una medida de protección excepcional de derechos” (SENAF y UNICEF, 2012: 18).

otro, la postura que reclamaba para las muchachas una feminidad corporal, sexual y de comportamiento más tradicional. La primera opinión invocaba como argumento la existencia de un sentimiento de confianza mutua entre varones y mujeres, lo que les haría posible a las chicas trascender su lugar históricamente dependiente de los hombres y entablar relaciones más fluidas y horizontales con ellos. La segunda opinión, en cambio, se sustentaba en un modelo de género restrictivo, claramente sexista y androcéntrico, que parecía funcionar autoexcluyendo a las jóvenes de prácticas, vínculos y estéticas asociadas a cualquier forma de ambigüedad sexual y de género. Pero también, aferrándolas a imágenes femeninas que permanecían subordinadas a la mirada evaluadora de los chicos. En esta segunda postura era esperable, pues, que las jóvenes fueran cuidadosas de sus modales, a fin de habilitar el coqueteo con el sexo opuesto y dejar bien en claro su condición de posibles “novias”. Es decir, chicas de “buena” reputación moral.

En esta línea parecía ubicarse la opinión de Natalia⁸, de 17 años, con quien conversé una tarde en la sala de video del Hogar La Casona. Con todo, cuando le pregunté cómo vivía su sexualidad y cómo era su relación con los chicos, emergieron nuevos matices asociados a la feminidad y masculinidad entre los y las jóvenes del estudio.

—Matías fue el primer novio con el que tuve relaciones, y fue bueno. Cuando llegué al Hogar él ya estaba, nos fuimos conociendo de a poco. El segundo día que yo estaba acá me regaló un bombón de chocolate. Yo era, así, re asquerosa, no me llevaba bien con nadie, no quería a nadie. Pero cuando ya sos más grande, vas cambiando. Además, después que estuviste tanto tiempo en la calle sos re *cachivache* (*sic*) [grosera, peleadora, poco cuidadosa de sí misma y de los otros. N.A.], pero después de pasar por institutos y eso, cambiás una re banda.

—¿Qué hacías antes, que ahora decís que cambiaste?

—Estaba en la calle y empezaba a bardear a toda la gente, a verduguearla, tiraba botellas, rompía cosas, de todo. Todas giladas, pero después te ponés más grande y te das cuenta que para una mujer queda mal seguir siendo cachivache. Si vos la pensás, decís ‘soy una mujer’ y te das cuenta que no va más ser así.

—¿Y qué se supone que *debías* cambiar? ¿Qué significaba para vos dejar de ser “cachivache” y actuar “como una mujer”?

—Y bueno, de repente te das cuenta que los pibes piensan que si vos sos así, re cachivache, piensan que te entregás con todos, pero yo la pienso de otra manera. Yo elijo el hombre que realmente quiero y lo conozco, pero si lo conozco así nomás, no hago nada con él. Yo salí como ocho meses con un pibe y nunca nada, entendés, porque de repente no lo elegí ni ahí para acostarme

8. Todos los nombres han sido cambiados, por resguardo a la identidad de las chicas entrevistadas, menores de edad.

con él. Si, por ejemplo, yo salía con un pibe, recién al tiempo, ponéle, salía con otro, porque si no te quemás vos sola y quedás como una cualquiera. Los pibes enseguida te dicen 'sos mi mujer' o le dicen a otros pibes 'respetá a mi mujer', o 'no te metas con mi mujer', y eso. Pero yo nada que ver. No entiendo por qué dicen eso, porque yo, novia de un chabón, puede ser, pero "mujer de", no. Yo no soy casada, no tengo hijos, nada. Yo soy mujer, pero no soy la mujer *de* nadie.

Sin renunciar a la aspiración de seducir a un chico y convertirse en su novia, Natalia estaba lejos de querer sujetarse a una representación opresiva de la feminidad. Su relato señala un específico funcionamiento ideológico de la sexualidad y el género que da cuenta de la existencia de una serie de mecanismos complejos que operan como *recursos* para la negociación, tanto del "éxito" como del "fracaso" de la feminidad, por parte de estas chicas. Por un lado, Natalia reconoce que ser "cachivache" es incompatible como el significado de "mujer" que circula en su grupo, y que ella finalmente comparte. El término "cachivache" implica algo del orden de lo "no-femenino", asociado a ciertas actuaciones de la transgresión y la visibilidad pública que chocarían con la mayor pasividad y/o discreción esperada de las mujeres por parte de los muchachos, y también de otras chicas.

Esta relación entre los géneros ilumina otro aspecto relevante de la cultura juvenil de las entrevistadas en este estudio. La poca presencia de chicas en la composición de las bandas de "pibes chorros" —es decir, de varones jóvenes *dedicados* de modo más o menos sistemático a robar— podría interpretarse *también* como resultado de las monolíticas normas de la heterosexualidad y de la feminidad tradicional obligatoria que envuelven a las jóvenes y que se expresan en la ideología del "amor romántico". De hecho, los relatos de las chicas del Hogar en relación con actividades delictivas —todas de menor cuantía— tenían como protagonistas, en su mayoría, a pares o grupos de chicas, que salían juntas a "bardear" [hacer lío, robar, molestar N.A.].

Ahora bien, tal como indica Natalia, las chicas que "bardean" en la calle ven peligrar su estatus de feminidad y su reputación moral, cuando son percibidas por los chicos como "cachivaches", o como "la que se entrega con todos". Aspirar o directamente convertirse en la "novia" de uno de los chicos del grupo implica autoexcluirse de las imágenes asociadas al "fracaso" de la feminidad en ese contexto. Como bien lo señaló Natalia: "(...) después te ponés más grande y te das cuenta que para una mujer queda mal seguir siendo cachivache. Si vos la pensás, decís 'soy una mujer' y te das cuenta que no va más ser así". Sin embargo, en su experiencia concreta, este proceso de cambio es altamente complejo. En efecto, cuando afirma "yo soy mujer, pero no soy la mujer de nadie", Natalia pone de relieve que el significante "mujer" alude a una variedad ideológica de

actuaciones. La condición femenina se convierte, pues, en un punto de articulación y de eclosión. Porque es en ella que la imagen canónica de “mujer coqueta”/“mujer legítima” puede ser simultáneamente construida y respondida; donde las identidades de “joven” y “novia” pueden ser realzadas, pero al mismo tiempo puestas en cuestión.

Para no quedar como una “cualquiera” Natalia despliega, así, una serie de estrategias que supone, entre otras cosas, espaciar concientemente sus noviazgos para no despertar sospechas sobre su moralidad y no poner en riesgo su condición de “conquistable” por un chico. Pero no está tan abiertamente dispuesta a pagar el costo que le imponen las estructuras androcéntricas y sexistas de su entorno para ocupar ese lugar. Básicamente, porque no acuerda con el sentido sexista de “propiedad” y “exclusividad” implicados en los enunciados que los chicos dirigen a las jóvenes (“sos mi mujer”) o intercambian entre sí cuando está una novia en juego: “respetá a mi mujer”, o “no te metas con mi mujer”.

Aún en este contexto restrictivo, Natalia asevera que “elige” cuándo tener relaciones sexuales con un chico. En verdad, la misma situación que relata —que salió ocho meses con un compañero “de calle” y nunca tuvo relaciones con él porque “no lo elegí ni ahí para acostarme con él”— indica también pautas específicas de comportamiento sexual de los varones. En efecto, ellos parecen estar experimentando nuevos códigos de práctica y gestión de su masculinidad. Lejos de exigir “pruebas de amor” algunos de ellos, al menos, permanecen en relaciones que no están basadas sólo o principalmente en el vínculo sexual. Es el caso, por ejemplo, de aquel primer novio de Natalia, con quien no tuvo sexo, o de Matías (15 años), con quien sí tuvo su primera relación sexual y que ahora es su novio en La Casona.

En efecto, así cuenta Matías, alojado en el Hogar desde hacía 9 meses al momento de la entrevista, su iniciación sexual, su apreciación sobre el lugar del sexo en una relación afectiva y su concepción del trato entre varones y mujeres:

—La primera vez que lo hice tenía 13 años y estaba viviendo en la calle. Y bueno, fue con una piba de ahí, [del barrio] de Retiro. Yo no tenía ninguna experiencia. Ella me dijo de ir ahí y de tener sexo. También tenía 13, ella.

—¿Y a dónde fueron?

—A una *ranchada*⁹ que había por ahí.

—¿Se cuidaron con algún método?

9. Las “ranchadas” son agrupamientos numerosos de jóvenes (pueden llegar a ser de entre 50 a 100 miembros) que se ubican bajo puentes o en casas tomadas con el propósito de darse mutuamente protección y compartir alimento y abrigo. También se denomina así al espacio físico donde se materializa este tipo de cohabitación callejera entre jóvenes.

—Sí, usamos *perservativo* (sic).

—¿Vos tenías los preservativos?

—No, me lo dio ella. Y me pareció bien.

—¿Qué importancia tiene para vos el sexo en una relación?

—Para mí no es importante. Es más importante, así, estar juntos, vivir juntos, compartir cosas juntos. Igual, así, no soy de hablar mucho de pibas y eso. Cuando yo estaba con los otros chicos, en Retiro, que éramos 150, nos juntábamos, así, a hablar de fútbol, de “vamos a joder por ahí”, o “vamos de paseo, vamos a La Boca”, y bueno, ahí sí, todos mirábamos chicas y le decíamos, así “ay, qué linda que sos” y eso. Algunos sí les decían más cosas a las pibas, o las tocaban, pero yo no. Me reía y todo pero me parece, así, una falta de respeto. La chica se puede sentir mal, como violada, y eso no me parece bien, no me cabe ni ahí.

Carolina, de 16 años, es otra de las chicas entrevistadas. Sus respuestas sobre su experiencia de género indican nuevamente esta capacidad juvenil femenina para gestionar el deseo sexual con relativa libertad, así como para negociar con los varones las condiciones de una relación sexual en pareja:

—Tuve relaciones [sexuales] a los quince. Pero con otro chico, no mi novio de ahora; fue cuando estaba en la calle. Me gustaba, pero cuando me vine para acá ya no salimos más porque no nos vimos más. Nos cuidamos, todo.

—¿Tenías información sobre cómo cuidarte?

—Sí, igual acá [en el Hogar] me hicieron el análisis de HIV, el martes ¿ves? (*me muestra un pequeño moretón en su brazo*). Cuando me fui a sacar sangre me dieron un papel, sobre cómo se contagia el sida y me dieron perservativos (sic). Pero igual, a mí nunca me obligaron a hacerlo [tener sexo], siempre lo hice porque quise, más vale. Y con mi novio de ahora, después de un mes tuvimos relaciones, recién, porque nos peleábamos, nos arreglábamos, y eso. Y a mí nadie me obliga a hacerlo.

Esta misma autodeterminación sobre los contactos sexuales era observable en todas las chicas entrevistadas, lo cual —en principio— parecía dar pistas de una cierta reflexión previa de las jóvenes alrededor de este tema y hasta de una socialización callejera en consignas que el feminismo se hubiese arrogado para sí hace unas décadas, pero que ahora parecían formar parte del sentido común juvenil de estas chicas. Sentido común que combinaba contradictoriamente la convicción de actuar por voluntad propia, con el rechazo a ciertas imágenes estereotipadamente “no-femeninas”, como la de “cachivache”. Así, pues, vivir la sexualidad sin la obligación de responder a mandatos prescriptivos parecía ser un denominador común entre estas jóvenes, incluso para chicas como Soraya (16 años), que al momento de la entrevista afirmó que aún no había tenido ninguna

experiencia de relación sexual completa, pese a que ya acarreaba con una historia de abuso desde los 9 años. De hecho, relata que a esa edad:

—(...) el hermano de mi padrastro siempre me venía a ver cuando dormía, me tocaba, me manoseaba, así, y como yo tenía sólo a mi padrastro y nadie más me daba bola, no lo podía decir. Me daba cuenta que no tenía por qué tocarme, pero sabía que no podía decir nada. Y el día que lo dije, bueno, a nadie le importó tampoco.

Incluso con este pesado lastre de violencia sexual sobre ella, Soraya manifestaba tener claro que “hacer el amor” es algo que se decide individualmente y en razón de la propia valoración de sus condiciones de posibilidad:

—...porque si no tuve relaciones —dice— fue porque no se dio la oportunidad ni la persona (...). Por eso, cuando encuentre la persona que a mí me parezca la indicada y tenga ganas, bueno, ahí las voy a tener...

Ahora bien, pese a la contundencia de su aseveración, el tener experiencia en prácticas sexuales y no tenerla comporta una diferencia clave para estas chicas, al momento de evaluarse mutuamente el “aguante” de cada una, según los códigos de la calle, pero también según las normatividades sexuales que organizan el deseo bajo el patrón hegemónico de la heterosexualidad obligatoria y la división binaria de los roles. El género y la sexualidad no pueden, pues, analizarse de forma aislada, respecto tanto de las retóricas dominantes de control sobre estos ámbitos, como de las condiciones materiales y simbólicas que habitan las jóvenes de este estudio. No sólo porque esas condiciones marcan trayectorias notoriamente diferenciales entre una biografía y la otra, sino porque las articulaciones que entablan con las múltiples experiencias de clase y edad, dan lugar a un entramado específico de prácticas y relaciones juveniles que también incluye escalas complejas de discriminación entre las propias chicas, como veremos a continuación.

“Tener calle” versus “hacerse la linda”

La historia de Soraya es un poco distinta a la de las demás chicas que entrevisté en La Casona, porque nunca vivió en la calle. De madre argentina y padre italiano, nació en Roma y al año y medio de vida su madre volvió al país. Entonces vivieron un tiempo en Villa del Parque, en Buenos Aires, donde su mamá armó nueva pareja de la que nacieron dos hermanas. Esa relación duró poco y apenas transcurridos unos años su madre tuvo otros tres hijos con un tercer novio. Cuando Soraya tenía 6 años y 5 hermanos más en total, su madre —que la tuvo a los 19 años— se volvió

a Italia y desde entonces prácticamente no supo más de ella. A partir de aquel primer abandono se quedó un tiempo en lo de su padrastro, donde fue víctima de abuso sexual a manos de un hermano del aquél, cuando apenas tenía 9 años. De allí fue dejada en casa de una amiga de Soraya, bajo la excusa de no poder cuidar más de ella. Al tiempo la recogió de esa familia una tía con la que vivió un año, pero pronto la mujer le dijo que no podía mantenerla más. Soraya decidió entonces hablar de su situación con la mamá de otra amiga suya, que trabajaba en un hospital público porteño, tras lo cual el equipo de asistentes sociales la alojó provisoriamente 15 días en esa institución. Para eso la chica ingresó formalmente como paciente con pedido de internación, pese a que estaba en buen estado de salud. Del hospital pasó al Centro de Atención Transitoria (CAT), dependiente del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, donde estuvo otras dos semanas a la espera de la adjudicación de un Hogar de Convivencia. Cuando la entrevisté en La Casona, llevaba dos meses viviendo allí y estaba a punto de ser nuevamente trasladada, debido al conflicto que desató su presencia entre las otras chicas del Hogar. Así cuenta la tensión con sus compañeras de albergue:

—A Andrea no le caigo muy bien, me está haciendo la vida imposible. Me pegó ya varias veces, y me provoca para que yo le pegue, pero yo no soy así. Una vez me pegó con una tabla de madera que encontré acá en el Hogar y otra vez, con otra piba, me agarraron a piñas en la cama. Por eso, para cuidarme, me cambiaron de habitación, con una chica que está embarazada. Y ahora están viendo de mandarme a otro Hogar, de todas chicas, donde dicen que no hay violencia, ni nada de eso.

—¿Cuál es el motivo de las discusiones entre ustedes?

—Ella dice que yo no tengo calle, que soy distinta a ellos, que me hago la linda, dice. Pero yo creo que el hecho de haber estado en la calle tampoco los hace distintos a ellos. Bah, yo puedo decir que no pasé hambre, no pasé frío como ellos, pero también si yo estoy acá es por algo que yo no decidí, como muchos de ellos, que no decidieron vivir en la calle pero que terminaron ahí. Yo no estoy acá porque un día dije “a partir de ahora me voy a hacer la pobrecita”, porque yo también la pasé mal, nadie de mi familia se quiso hacer cargo de mí y terminé acá.

—¿Y cómo empezó la tensión aquí, entre las chicas?

—Empezó porque Andrea y otra chica empezaron a provocarme, a decirme cosas, a ponerse agresivas conmigo. Un día que yo había ido a la casa de una amiga, cuando vine, me habían revisado mis cosas y me sacaron cosas también.

—¿Y las agresiones siempre tienen que ver con el hecho de que no viviste en la calle?

—Sí, con eso. Y también les molesta que yo no haya tenido relaciones [sexuales] todavía. Dicen que soy una tonta, que no puede ser, que ellas sí tuvieron

y que yo no, y que por eso me hago la linda. Pero yo un día les dije: ¿a vos en qué te afecta que yo sea virgen? Porque si no tuve relaciones fue porque no se dio la oportunidad ni la persona, porque si se hubiese dado, yo ya hubiese tenido relaciones, como ellas. Cuando encuentre la persona que a mí me parezca la indicada y tenga ganas, bueno, ahí las voy a tener, pero eso no le tiene que afectar ni a ellas ni a nadie.

Al parecer, “hacerse la linda”, “no tener calle” y “ser virgen” son todas expresiones que señalan, según las contrincantes de Soraya, la inexistencia del “aguante” que sí parecerían exhibir las chicas que han vivido en la calle y que certificaría su condición de “chicas bravas”, en oposición al binomio “buenas chicas”/“chicas tontas” que representaría Soraya. De alguna manera, los reproches lanzados hacia ella y manifestados con diversos grados de agresividad, aluden a una compleja jerarquía de experiencias de abandono. En este cuadro de escalas, la calle parece operar como un tamiz definitorio de la socialización, en una cierta cultura juvenil que comprende condiciones de privación (de alimento, techo, abrigo, higiene, atención sanitaria) y des-inscripción institucional (familiar, escolar), así como vínculos y pautas de comportamiento que ponen permanentemente en cuestión la autoridad: desde la participación en actividades y consumos ilegales, hasta la misma pertenencia a grupos que son percibidos socialmente como atemorizantes y/o “en riesgo”. Gestionar el abandono desde otros espacios, en cambio, como ocurre en el caso de Soraya —que, recordemos, pasó de vivir con un familiar abusador, a casa de amigos, y luego a un circuito de instituciones, sin pasar por la calle, pero siendo igualmente vulnerados sus derechos e integridad—, se convierte en una diferencia decisiva, que estalla en reproche y resentimiento por parte de las compañeras de Hogar —“porque estar en la calle es muy duro”, dicen—, pero también, en indicio aparentemente indubitable de la carencia de un atributo que se vive como muy valioso entre estas jóvenes: tener “aguante”.

Es difícil precisar los sentidos invocados con este término por las entrevistadas, pero —por ejemplo— huir de las presiones de ser una “buena chica” (entendiendo por esto a una mujer que se reprime en materia de experimentación sexual) es en parte tener “aguante”, como también lo es “bancarse” los reiterados desalojos y persecuciones de la policía, o las insinuaciones y “aprietes” machistas por parte de sus pares varones o de otros hombres cuando se vive en la calle. En este sentido, “hacerse la linda”, “caretear” o “ser cheta” se oponen a tener “aguante” porque implica asumir una actitud de menosprecio respecto de los códigos callejeros y no valorar la experiencia de “hacer lo que pinte” [lo que se quiera] en cada momento. En materia de sexualidad, por su parte, tener “aguante” supone no pedir permiso a nadie ni tener zonas ni horarios prescriptos para acos-

tarse con un/a compañero/a. En cuanto a la feminidad en juego, significa compartir ese código de seducción que Natalia ubicaba en la delicada frontera que separa el ser espontánea del ser “cachivache”.

Antes todas estas acusaciones, Soraya se defiende con vehemencia:

—No soy de comprarme mucha ropa, pero sí me gusta estar arreglada. Bueno, eso también me lo reprochan las otras pibas del Hogar. Para ellas soy una cheta, así me dicen. Porque además, cuando voy a bailar con mis amigas de la escuela, cada tanto, voy a boliches donde pasan cumbia, pero no *tan de villa* como pueden pasar en una bailanta. Pero, de nuevo, que no me drogue, no fume, o no haya tenido relaciones todavía no es porque no estuve en la calle, porque yo conozco muchos chicos que tienen casa, familia, todo, y se drogan o están en cualquiera. Yo no me creo mejor ni distinta de las demás chicas que están acá. Ni siento vergüenza por estar en el Hogar. Yo casi no tuve familia, por eso para mí esto es como mi casa. Por ahí, la diferencia que veo con las chicas que me pelean es que ellas sí quieren volver a la calle, dicen que *tienen la calle en la cabeza* y que allá no tienen que rendirles cuentas a nadie, y que tampoco pasan hambre porque siempre consiguen algo; en cambio acá tenés reglas, tenés que pedir permiso para salir, te lo dan si no hacés bardo, y bueno, yo creo que les molesta que yo me sienta bien en el Hogar y pueda salir sin problemas, tenga otras amigas, me compre cosas con la plata que me regalan mis amigas de afuera, y eso.

“Tener calle” y “tener aguante” son, pues, marcas que la mayoría de las jóvenes del Hogar reivindican en tanto recurso personal y colectivo de importancia. Se trata de experiencias que, en sus relatos, revierten la dimensión estigmatizante que las suele cristalizar en el estereotipo de “chicas de la calle”, para permitirles desplegar una identidad juvenil desafiante y, en apariencia, libre de regulaciones. Como queda claro en los mismos testimonios presentados, la regulación —en verdad— no desaparece nunca y mucho menos en cuestiones de género y sexualidad, campo donde las normatividades sexistas y androcéntricas organizan parte importante de las prácticas cotidianas de todas estas jóvenes. Incluso aquéllas actuaciones que parecen referir a una total autonomía femenina en los asuntos sexuales, siendo que, con frecuencia, dicha liberalidad no exceptúa a las chicas de quedar atrapadas en la antinomia entre ser “buenas” o ser “putas”.

Las dos lógicas en discusión entre estas chicas —“tener calle” y “hacerse la linda”— no pueden sino pensarse, entonces, en relación con las regulaciones culturales más amplias del género y la sexualidad, que se articulan indisolublemente con la experiencia de clase, toda vez que “tener aguante” se vincula entre las entrevistadas con prácticas, sentidos y consumos de “villa”, mientras que “caretear” o “ser cheta” refiere a participar

de un mundo de bienes materiales y simbólicos que se ubican del lado de la clase media, o de la aspiración de pertenencia a esta clase.

En todo caso, para el conjunto de las chicas de este Hogar, ya sea que adscriban a una u otra lógica, la condición de *mujer joven pobre* opera como una aguda y constante interpelación respecto de los márgenes posibles de acción con que cuentan para ensayar, en el territorio inapelable de su propia biografía, modos alternativos de feminidad. Aún cuando esa alternatividad consista en tomar una cierta dirección, dentro de las tantas socialmente prefijadas, o moverse apenas unos milímetros del opresivo patrón clasista y patriarcal que las sujeta, para diseñar subjetivamente un “sí mismas” que les permita, por momentos, reinventarse.

Tareas y desafíos

Los relatos que acabamos de presentar contienen una riqueza y una complejidad que exceden en mucho a las reflexiones sucintas que podemos hacer sobre ellos en estas páginas. Pese a esta limitación –previsible, en algún punto, debido al conflictivo proceso de supone traducir la experiencia dialógica de una entrevista a una textualidad de orden lingüístico más amplio–, me interesa, sobre el final, llamar la atención sobre cómo el género y la sexualidad se actualizan diariamente en las vidas concretas de estas jóvenes en tanto espacios de afirmación e interpelación, pero también de autoinvisibilización. De control o reproducción de las desigualdades y, a la vez, de tensión y reinención del propio lugar como chicas que habitan conflictivamente la exclusión, el estigma más o menos evidente y el disciplinamiento de los cuerpos como normatividad sexual y política (Rimstead, 1997). En este punto, insistimos en el hecho de que son estas específicas condiciones materiales y simbólicas las que merecen nuestra atención, porque es en ellas –y nunca sólo en las representaciones hegemónicas de los medios de comunicación, las políticas públicas o el propio discurso académico– que estas chicas pobres viven sus vidas, construyen activamente su subjetividad como mujeres y experimentan los cambios de su entorno social.

Frente a estos procesos, la investigación social enfrenta, tal vez, uno de los desafíos más acuciantes: el de lograr trascender la mera exhibición de estas experiencias como si se tratara de meros signos de revitalización de las intervenciones cívicas, para avanzar en un auténtico compromiso político con lo social, que incluya la activación concreta de su capacidad para influir en debates y propuestas que les permitan a estas chicas vivir y tramar sus múltiples identidades en condiciones dignas de existencia.

CAPÍTULO III

“Hay cada ‘nena’ por ahí” Representaciones mediáticas sobre una fan de cumbia¹⁰

El 7 de mayo de 2012 la vida de C.I.¹¹ dio un vuelco del que ya no hubo vuelta atrás. Aludida como “menor” en la tapa de todos los diarios, objeto de disputa televisiva por la obtención de su esquiva imagen por esta razón, y viralidad de las redes sociales mediante, su condición de chica santiagueña de 13 años, hija de una familia humilde con mamá policía, y fan del grupo de cumbia *Los Wachiturros*, devino radicalmente otra cosa. “Pendeja puta”, “vividora”, “pibita fiestera”, “trola”, “atorranta”, “villerita zarpada” pasaron a ser atribuciones identitarias de fuerte impronta moral en desigual pugna con aquéllas otras –infinitamente menos numerosas en los caudalosos ríos del comentarismo virtual– que enfatizaron el estatuto de “niña”, “nena”, “hija” y “menor de edad” para señalar un inexorable lugar de víctima.

El día anterior, la mamá de la chica, en su representación, había denunciado en la comisaría 40 de Termas de Río Hondo que esa misma tarde/noche su hija había sido abusada sexualmente por DJ Memo, nombre artístico de su ídolo de *Los Wachiturros*, en el interior de la camioneta en

10. Una versión de este artículo fue publicada en *Tram(p)as de la Comunicación y la cultura* N° 76, con el título “Todos contra la ‘nena’. Mujeres jóvenes y significaciones mediáticas del género y la sexualidad”. La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, Julio/Octubre 2014, pp. 71-80.

11. Iniciales presumiblemente referidas a la joven foco del caso estudiado en este artículo. Las mismas fueron empleadas por algunas fuentes periodísticas del corpus, más no han sido chequeadas en su veracidad. En función de los objetivos de este trabajo esta constatación es irrelevante, pues aquí las utilizamos meramente como modo alternativo de denominación de quien, por su condición jurídica de “menor de edad”, requiere ser preservada en su identidad registral.

la que se movilizaba el grupo de cumbia, a la que la chica habría accedido a subir junto a una amiga para sacarse una foto con el músico.

No fue pues, esa noche —en la que, paradójicamente, su experiencia se habría visto conmovida por el ataque sexual— que su existencia cobró interés. Lo fue a partir de su transformación figurativa en los medios. En efecto, fue su puesta en circulación mediática y su específica visibilidad en clave de género, clase y edad en los discursos sociales más amplios lo que la volvió precariamente perdurable.

Como procuro mostrar en el siguiente análisis, en la matriz porosa de la textualidad periodística, y en su acalorada resonancia en los públicos bajo la forma del comentario espontáneo en páginas de diarios on line y redes sociales, el caso habilitó argumentos yuxtapuestos, tanto para remarcar el estatus ubicuo de “víctima” de la joven como para reactualizar sentidos restrictivos en torno de la diferencia de género y reponer desde allí una dimensión aleccionadora sobre los desempeños esperables para “una chica de su edad”. En ambos extremos, el salto a la palestra mediática del episodio de orden sexual asociado a una mujer joven borró toda posibilidad de configuración biográfica compleja de la chica, así como de construcción del género como diferencia cultural crítica en la producción de imágenes mediáticas de feminidad juvenil. Pero sobre todo, conectó a medios y públicos en un conjunto convergente de representaciones, fuerzas ideológicas y operaciones de moralización alrededor de ciertas actuaciones del género y el deseo sexual asociadas a las y los jóvenes que, lejos de tener una única y determinante matriz ideológica en los medios, recreó un contexto más amplio de producción de significaciones compartidas sobre estas diferencias identitarias.

A contrapelo de la hegemónica iluminación mediática que recayó sobre DJ Memo, convertido en esos discursos y en las redes sociales en actor principal del drama denunciado, aquí centraremos la mirada en los modos en que la joven denunciante fue desdibujada en tanto sujeto con capacidad de acción y convertida en mera “circunstancia” referida por otros/as. En superficie muda del deseo (entendido en su extensa significatividad), tanto porque a los 13 años el deseo es “inconveniente” como porque culturalmente es, qué duda cabe, patrimonio del varón. O, en su reverso, pura repugnancia (Nussbaum, 2006).

Mi propuesta busca comprender cómo ciertas tematizaciones polémicas vinculadas a la condición femenina se inscriben en mapas sociales de sentido que atraviesan un conjunto heterogéneo de textos mediáticos. Y cómo, en este contexto, ciertos discursos de los diarios, y sus reprocesamientos en los públicos, operan produciendo prescripciones más o menos definitorias sobre las maneras “apropiadas” e “inapropiadas” de ser mujer/

joven, elaboran consensos sobre estas pautas e impulsan distintos reclamos de vigilancia, sanción y/o rectificación alrededor de la heteronormatividad y los mandatos del patriarcado.

Voces (in)audibles

“Esto me tiene muy mal. Mi mamá está muy triste, mi papá, mi hermano. Somos una familia humilde. Jamás pensé que me iba a pasar esto. Yo hace varios días que no puedo comer ni dormir”.

El testimonio pertenece a Emanuel Guidone, nombre real de DJ Memo, el integrante del grupo de cumbia *Los Wachiturros* inicialmente procesado por “tentativa de abuso sexual gravemente ultrajante” en perjuicio de una fan santiagueña de 13 años, de iniciales C.I. Las declaraciones fueron vertidas por el músico el 12 de mayo de 2012, tras 4 días de arresto en una comisaría, en el programa de televisión *360°* conducido por Mauro Viale por el canal América 24 y reproducidas al infinito en diarios on line y sitios webs. Por caso, un portal de noticias porteño moduló las declaraciones del músico de la siguiente manera:

“Visiblemente preocupado y angustiado, Emanuel Guidone dijo entre lágrimas: ‘Ahora siento mucha angustia, vergüenza. Mi novia sabe la clase de persona que soy y cree en mí totalmente. Me pone mal que mi familia no esté tranquila porque la molestan. A mi papá y a mi hermano se les complica el trabajo. Estoy mal, me medicaron para dormir. Lo que más quiero es estar con mi familia’” (*Ciudad.com*, 12/05/2012; los destacados son míos).

Acompañado en el estudio de televisión por el mediático abogado Fernando Burlando, quien pagó la fianza que permitió levantar su detención, DJ Memo había narrado en esa oportunidad su versión de los hechos:

“Había mucha gente afuera, me subí a la combi. Y había dos chicas que se habían subido a la camioneta sin permiso. Yo, para evitar problemas, les pedí que se bajaran. (...) Ellas querían una foto, querían conocer a los chicos del grupo. Yo les dije que bueno, pero que tenían que bajar porque ahí no podían estar. Ella [por la denunciante] se puso molesta porque yo la evité. La amiga se quedó adelante sentada. Ella me decía que quería una foto conmigo y se acercó. Pero ya se había sacado una foto conmigo. [Después] me pide un beso, le dije que no. Me puso en una situación incómoda, le dije que se baje. Ella me dijo que era re agrandado y me resultó molesto cómo me trató, y se bajó molesta” (Ibídem; destacados en el original).

Dos días después, la invitada al programa de Viale fue la madre de la chica quien, en vivo, fue interrogada por el conductor sobre cómo era su hija. La mujer insistía en responder con una descripción de los hechos contraria a la realizada por el músico, pero Viale volvía con preguntas precisas sobre el carácter y hábitos de la chica. “¿Su hija es así, de salir mucho de noche?” había sido una de sus preguntas. En ese mismo programa, la chica en cuestión habló al aire por teléfono con el conductor. Los medios digitales recuperaron la síntesis de lo dicho por la adolescente y enfatizaron que, según “la niña de 13 años su único deseo había sido sacarse una foto con sus ídolos” (*La Voz*, 14/5/2012). En su aparición velada –sólo su voz, por ser menor de edad– y con su madre enfocada en primer plano como representación transitiva de ese relato sin cuerpo, la adolescente había contado su versión de lo ocurrido:

“Cuando entro a la combi, él me dice ‘ya está, ya fuiste, no salís más’. Entonces, se apagan las luces, él me agarra la mano y me lleva al fondo. Ahí es cuando me empezó a besar y a manosear y un montón de cosas más que no me puedo sacar de la cabeza porque son horribles. (...) Fue una gran desilusión, eran mis ídolos. En un momento lo empujé, de la desesperación. Corrí hasta el pasillo, agarré de la mano a mi amiga y le dije: ‘Vamos que estos son re zarpados’ (...). Ahí [DJ Memo] me dijo, mal, ‘bueno, andá a madurar, pen-deja forra’” (*Las 12, Página 12*, 18/5/2012).

Y más adelante agregó:

“(...) lo que dijo [el músico en el programa anterior de Viale] son mentiras, nunca le pedí un beso. Yo le creí como tonta, sabía que es peligroso subir a una combi, pero qué podía esperar yo de eso. Quería sacar una foto nomás. Yo no le quiero arruinar la carrera, si yo los quería” (*La Voz*, 14/5/2012).

Pese al intento de primicia del programa de América 24, la primera en contar lo vivido por la chica había sido su madre, Nélide Mansilla, en una entrevista concedida al diario local *El Liberal*, de Santiago del Estero, el 8 de mayo de 2012, apenas dos días después del episodio de referencia. Su testimonio fue parcialmente replicado por algunos diarios nacionales, pero con una visibilidad muy inferior a la otorgada a las declaraciones que realizó el músico durante esos días post escándalo. La madre de C.I. le había dicho al periodista de su ciudad:

“*Mi hija es una niña que sólo quería, como toda chica de su edad, una foto y un autógrafo de sus músicos favoritos (...)* Ahora está encerrada en su habitación y no quiere ver ni hablar con nadie; está en una profunda crisis depresiva, con fobia y pánico, este tipo le cagó la vida” (*El Liberal*, 8/5/2012, destacados en el original).

La versión que la madre brindó al diario santiagueño sobre el incidente coincidía con lo que había declarado ante la Policía la noche misma del episodio, denuncia que dio pie al procesamiento del “wachiturro”:

“Ella me contó que se encontraba en la vereda del hotel junto a su amiga; había muchos chicos esperando la salida de los artistas, cuando se acercó a Dj Memo para sacarse una foto. Él la invitó al interior de la combi, engañándola que le iba a regalar remeras y discos compactos. Junto a ella estaba una amiguita (...) De repente este artista, si se le puede llamar así, la besó y la manoseó por sus partes íntimas y los pechos. Mi hija le preguntó qué le pasaba y él le dijo ‘vos no te retirás hasta que seas mía’. Estaba con los pantalones bajos; la tomó de la cabeza obligándola a practicarle sexo oral, con su miembro le tocó la cara. Ella luchó, aunque él logró empujarla hacia los asientos del fondo” (Ibídem).

El diario *El Liberal* presentó a Nélide Mansilla como “la angustiada mamá de la “víctima”, quien había recibido al periodista local “en su humilde casa del barrio Eva Perón” de Termas de Río Hondo (Ibídem). En ese marco, contrariamente a la operación ideológica rastreable en la mayoría de los medios nacionales, las palabras de la entrevistada operaban en el diario provincial como verificación de un lugar previamente construido por el medio: el de la verdad. Sobre el final de la entrevista Mansilla había aseverado: “Tengo cuatro hijas brillantes de 25, 17, 13 y 9 años. *Son buenas alumnas e hijas obedientes*. No puedo creer la pesadilla que estoy viviendo” (Ibídem; los destacados son míos). Previsiblemente, para algunos medios digitales que replicaron la entrevista, la pesadilla aludida dejó rápidamente de tener implicancias complejas o referidas al orden cultural de género advertible en las múltiples narraciones sobre el hecho. Muy lejos de proponer modos críticos de interpretación de la desigual escucha de las voces de una y otro de los protagonistas en esas instancias de formación de opinión pública, medios como el portal sensacionalista *Urgente24* sintetizaron el caso con un titular acorde a su ejercicio cotidiano de literalidad despolitizante: “Con su miembro le tocó la cara” (8/5/2012).

Por su parte, asumiendo una toma de posición indulgente para con el músico, los principales diarios replicaron las declaraciones de DJ Memo en el programa de televisión de Mauro Viale como la única voz digna de ser escuchada. Allí el “wachiturro” había aseverado:

“Tengo 23 años, soy maduro. Sería incapaz de decirle nada a una chica. Por más que sea mayor o menor. Mi papá me enseñó a ser caballero con las mujeres. La chica se molestó y se fue con la amiga. Salí, fui a buscar mi celular al hotel. Pasaron 20 minutos, se me acerca el manager y me dice que nos

tenemos que ir porque esa chica me había denunciado. Llegó la policía y me llevaron detenido” (*Ciudad.com*, 12/5/2012; destacados en el original).

En efecto, la figura del “joven educado” y “caballero con las mujeres” conectaba con una imagen legítima de masculinidad juvenil, por lo que encontró inmediata confirmación en la gramática de los medios. No sólo como signo de la heteronormalidad “esperable” y “deseable” de toda persona “normal” sino, sobre todo, como parte naturalizada de la codificación sexista, que descarta por *default* la posibilidad de pensar a las mujeres como sujetos con capacidad de autodeterminación, reflexividad y deseo propio (Elizalde, 2012).

Explotada hasta el final, la enunciación mediática del caso se agotó, con todo, en unas pocas semanas. Tras meses de silencio sin mayores novedades sobre el tema, y definitivamente borrada la voz de la joven denunciante de la escena masiva, en abril de 2013, once meses después del episodio, la causa judicial sufrió un cambio de carátula, y los medios volvieron al ruedo. La Cámara de Apelaciones había atenuado el procesamiento a DJ Memo, reemplazando la calificación de “abuso sexual gravemente ultrajante” por la de “abuso sexual simple en grado de tentativa”, figura que le permitió al músico mantener su libertad.

A propósito de la noticia, el 19 de abril de 2013 *Télam* publicó que durante la instrucción judicial y a través de una declaración indagatoria, DJ Memo había reconocido que había invitado a C.I. y a su amiga a subir a la camioneta, que se había ido a la parte de atrás del vehículo con la chica, y que le había hecho una propuesta sexual, la que no llegó a concretarse en términos fácticos de acceso carnal. De hecho, en su resolución judicial, el tribunal que atenuó el procesamiento dictado por la jueza a cargo de la causa, dejó constancia que “Guidone [DJ Memo] manoseó en sus partes íntimas a la adolescente cuando la invitó a subir a la combi en la que se movilizaba la banda, pero no hubo ningún otro atisbo de actividad sexual que mereciera un reproche penal más serio” (Ibidem).

El abuso sexual (sin penetración) quedó, pues, confirmado¹². Paradójicamente, la imagen de la chica, también. En la representación hegemónicamente construida desde el inicio del caso en los espacios de intervención virtual de los/as lectores de diarios on line, portales de noticias y usuarios/as de redes sociales, la chica nunca dejó de ser, como veremos enseguida, el blanco predilecto de una incesante operación de demonización y moraliza-

12. En octubre de 2014 Guidone fue sometido a pericias psicológicas en los Tribunales de Santiago del Estero, así como notificado de la elevación de la causa a juicio oral. El mismo se realizaría a puertas cerradas en ese Tribunal, para evitar el asedio mediático (*El Argentino*, 3/10/2014, pág. 7).

ción estigmatizante. Operación que el feminismo denomina “pánico sexual” por tratarse, justamente, de un ejercicio ideológico que se aplica de modo específico sobre ciertas mujeres en razón de su condición de género y de las sospechas morales que pesan sobre ellas por este motivo. Al respecto, la producción y reproducción de representaciones sexistas desplegadas alrededor de la fan de *Los Wachiturros* permite advertir los modos en que medios y públicos articularon, en entorno de este caso, un lenguaje común. Aún con algunas tensiones en su interior, dicho lenguaje actuó finalmente como un poderoso barómetro de los sentidos culturalmente disponibles de moral sexual, legitimidad del deseo y admisibilidad social de los desempeños de género, clase y edad reservados para varones y mujeres jóvenes.

Tras la admisión del abuso por parte de DJ Memo ante la Justicia, la familia de la joven inició una demanda por daño moral contra el músico. De manera contrastante, en los entornos mediáticos virtuales aquí explorados, la moral de la adolescente pervivió nítidamente objetada. Y nada indicó que fuera posible demandar reparación por ello.

Me verás caer

Una semana después de que el caso en estudio ganara trascendencia nacional, fue abierta una página de Facebook llamada “Todos en contra Leila Rudenik (la supuesta violada por DJ Memo)”, cuya foto de perfil era una chica en remera y cola-less que, de espaldas a la lente de la cámara, se daba vuelta a mirarla en actitud provocativa. En la imagen contigua a ésta, aparecía la misma chica en ropa deportiva posando junto al “wachiturro” en cuestión. Sin más contenido que el descripto, rápidamente se supo que ni el nombre ni las fotos pertenecían a la joven santiagueña que había denunciado al músico en Termas de Río Hondo. Más bien respondía a una acción burda y de poco vuelo que conectaba esta página con otras; algunas de promoción de distintos grupos de cumbia y otras, plagadas de fotos “caseras” de chicas adolescentes en poses de explícita carga erótica o sexual. De hecho, el Facebook mencionado lleva el nombre de una chica real, en cuya “página oficial” es posible verla en múltiples fotos desempeñando un rol sexy como modelo o promotora.

A los fines de este trabajo, la anécdota de la página de Facebook importa en lo que condensa como epítome de la operación de *pánico sexual* desplegada en torno de la fan de *Los Wachiturros* que lo denunció por abuso. Esta operación puede constatarse en los intentos de habilitar la intercambiabilidad semántica entre, por un lado, “C.I.”/“supuesta víctima de abuso”/“joven fan”/“menor santiagueña” y, por el otro, “puta”/“Leila Rudenik”/“trola”/“gato”. Pero también, en los ensayos de activación o reforzamiento

to de la expresión “espontánea” de juicios morales y pedidos de sanción para la chica y su madre, en respuesta a su “inadmisible” denuncia.

Siguiendo los planteos críticos del feminismo y su articulación con los estudios de juventud, por *pánico sexual* aludimos aquí a la operación ideológica que supone la redefinición y reducción de la condición de género a una marca de sexualidad biologizada “alarmante” (McRobbie, 1998; McRobbie y Thornton, 2000; Elizalde, 2008). Por ejemplo, cuando ciertas figuras, como las de “chicas de sectores populares”, “chicas menores de edad”, “mujeres solas”, “chicas de la calle”, son visibilizadas como signos permanentes e/o intrínsecos de “disposición sexual”, “promiscuidad”, “amenaza de perturbación a la moral” y/o “prostitución”. Esto permite entender la ambivalencia, el excesivo interés e incluso la fascinación desplegada por los medios de comunicación —en tanto “guardianes morales” del orden social siempre en riesgo— ante ciertos perfiles de sujeto que conforman sus principales blancos de disgusto y reacción. Y que, en virtud del caso aquí analizado, lo constituyen las mujeres jóvenes solas asociadas a circuitos de consumos culturales de corte popular, como la cumbia. Estas asociaciones peyorativas habilitan y refuerzan el control, la estigmatización y la sanción simbólica y/o material de estas personas por parte de numerosos discursos mediáticos e institucionales de orden público, en tanto medidas “preventivas” o “aleccionadoras” ante sus sexualidades “en constante actividad” y “descontrol”.

Es interesante señalar que esta noción es una reelaboración en clave de género de la definición clásica de “pánico moral”, acuñada a fines de los 1970 por distintas perspectivas sociológicas de raíz anglosajona para dar cuenta de modos emergentes de construcción de imágenes de “peligrosidad juvenil” por parte de discursos institucionales y mediáticos, en el contexto de crisis económica y de legitimidad política operada por esos años en los países centrales. En términos generales se afirma que la dinámica del pánico moral consiste en definir a una condición, un episodio, una persona o grupo en tanto “amenazas” a los valores e intereses de una sociedad. Estas prácticas y sujetos “amenazantes” suelen ser presentados de forma estereotipada por los medios y otros discursos dominantes, y se convierten en un fenómeno sobre el cual se pronuncian los políticos, los formadores de opinión y, en general, los sectores que representan al conservadurismo y las tendencias de derecha. El argumento de base en que se cimenta esta operación es que sólo con una creciente política de control y coerción pueden gestionarse eficazmente el quiebre social y moral advertido (Elizalde, 2008).

Ahora bien, hablar en este trabajo de “pánico sexual” supone priorizar el registro de los impactos reales que estas operaciones ideológicas tienen en las vidas concretas de quienes quedan excluidas, no sólo de

las representaciones “admisibles” sobre los géneros y las sexualidades (en sus vínculos conflictivos con otras distinciones), sino de las posibilidades ciertas de actuación y transformación de las propias condiciones de existencia y el ejercicio pleno de derechos. En este sentido, estas formas estigmatizantes de representación de ciertas chicas y sus concomitantes reclamos de vigilancia sobre sus desempeños de feminidad no pueden pensarse como resultado exclusivo de la producción ideológica de los medios y de las agencias de control. Más bien participan de una red mayor de construcción de significados, transversal a toda la sociedad. Trama que, como veremos a continuación, encuentra en el sentido común del comentarismo virtual una privilegiada superficie de expresión y de actualización del sexismo y de las bases ideológicas que informan al patriarcado (Watney, 1987; Fernández, 1993).

Mala, mala, mala eres

La siguiente muestra de opiniones de lectores/as fue relevada de diversos espacios de participación virtual de diarios nacionales y portales de noticias. La mayor parte de los comentarios fueron publicados los días subsiguientes a la explosión mediática del caso, en mayo de 2012, y en menor medida, en abril de 2013, una vez conocida la confirmación del intento de abuso contra la chica por parte del “wachiturro” y la atenuación de la calificación de la figura delictiva que se le adjudica. La muestra no tiene pretensiones de exhaustividad ni de representatividad, criterios, por otra parte, de difícil especificación en entornos virtuales de acceso público habilitados por la Web 2.0. Más bien persigue el propósito de desplegar, a partir de una selección intencional, parte de las densidades ideológicas implicadas en las operaciones de *pánico sexual* y discriminación aplicadas sobre la fan santiagueña (y, en menor proporción, sobre el músico), rastreables en la formulación de enunciados que combinan aseveraciones estereotipadas del sentido común sobre las diferencias sexo-genéricas, con diversas interpretaciones axiológicas por parte de la opinión pública mediática en estas materias.

Para el caso que nos ocupa, la enorme mayoría de los comentarios registrados¹³ se inclinaron, como indicamos, a favor de una opinión condenatoria de la joven e inversamente, exculpatoria del músico en cuestión.

13. Las intervenciones *on line* son transcritas aquí textualmente, ex profeso, por lo cual mantienen marcas de oralidad, errores ortográficos e incoherencias sintácticas propias de una escritura espontánea y efímera (pese a su rastreabilidad virtual). Sólo han sido levemente editadas en los casos de estricta necesidad, a fin de asegurar un umbral mínimo de comprensión del sentido.

Las siguientes intervenciones bien podrían graficar esa tendencia mayoritaria –más no uniforme en su interior, en términos de los argumentos esgrimidos– para atacar a la chica y/o para disculpar al joven cumbiero:

“Sinceramente lo banco a este chico, se nota que es muy humilde, sincero, le quieren sacar guita, la piba es un desastre, las fotos que tiene en el Face son de una lokita barata, la madre no la controla??? le creo a Memo... Fuerza y ojala la justicia vea como son las cosas realmente” (Caro Morini).

“Memooooooooo estamos con vos! No soi una loca fans de los wachiturros, me gusta el ritmo de su musica. A me me parece qe la chica arreglo todo con la amiguita Qe hacia sola en un boliche?? con tan solo 13 añossssss!???. Ojala esto se pueda aclarar i vos qedes en libertad i qe la pendeja i su amiga paguen d alguna forma x el mal momento qe te estan haciendo pasar a vos i a tu Flia. Ademas vieron las 2 fotos de la piba? Una esta en tanga i la otra con preservativos en la boca, qe ascooo! Ya estaba re abierta” (Marhi).

Convertida en *victimaria*, la fan es claramente señalada como “pendeja” sexualmente activa (“hembra caliente”), depredadora de hombres: puta. Así, pues, se afirma de ella que “no parece de 13”, o que “la pendeja es la que lo violó a él”. En este grupo de comentarios, la denominación de “nena” es connotada, no sin un dejo de sarcasmo, como sinónimo de “promiscua”, “mujer fácil” o, incluso, “pervertida”.

“No sé como una nena de 13 años está sola con una amiga de la misma edad hummmmmmmmm algo no huele bien, me parece que es una mentira lo que dice la ‘nena’, parece que quieren sacar provecho de la situación” (hantonya).

“La verdad q la vi a la chica y no parece de trece, p mi mente y si ay una foto de ella en tanga mmmmmmmmm puro verso... aguante DJ MEMO” (Laly Chaparro).

“No soy fan de los wachiturros, es mas ni escucho su musica, pero le creo al chico, para mi NENAS DE 13 no existen mas o quedan muy pocas, las pendejas vienen con un desarrollo que ni parecen de 13 años, y yo me pregunto cómo la madre va a dejar que esta supuesta ‘NENA’ vaya a un recital siendo tan chica, pobre vago, yo le creo, ojala que se aclare todo esto” (lapoly17).

“Las nenas de ahora no saben ni dónde estan paradas, se garchan a cualquiera. Uno mas no le costaba nada, aparte esas villeritas son re sarpadas, que no se venga a hacer la nena. Son unas sucias todas. APARTE QUÉ HACÍA EN LA COMBI. Si fuera más delicada no estaría rondando como una puta x los lugares que no son para una nena” (Carito Gauto).

“Esta pendeja es una PUTA! y no me vengan a decir, como dice la madre, que es virgen, si yo he visto fotos de ella mostrando el culo, me indigna que exista

gente tan decadente como esta, y su madre ignorante que no se da cuenta de las cosas, o que también me van a decir que no controlaba el Faceb de su hija, pero por favor!!!! además que hacían estas pendejas tan temprano ahí en el hotel??? estaban buscándolos porque son muuuuy putas regaladas!!!!!!!!!!!!!!" (Luciana).

En los escasísimos casos en el que la chica es considerada *víctima*, se la nombra como "nena" o "niña" en alusión directa a su "corta" edad. Aquí la *diferencia etaria* se literaliza, como señalamiento autoexplícito de la imposibilidad de asociar a la chica a alguna intencionalidad sexual y/o funciona como modo de fijarla en la definición inequívoca de la categoría jurídica de "menor de edad". Aquí van algunos ejemplos de estas acepciones:

"Qué tiene que ver la edad, la ropa que usa...? ES MENOR y basta. A llorar al campito y a pagar las culpas (además LADRON) a la cárcel. No justifiquemos a los violadores" (gabapar).

"Mirá vos, Memo, qué emotivo el testimonio [en el programa de Mauro Viale]. No sé, querido, lo que contás no coincide con el audio donde le decís que ya estaba ahí dentro y que no iba a salir más. Tampoco se entiende dónde está la gente que te cuida ¿cualquiera se puede subir a una combi ahora? Ahora estás muy humilde, pero hace dos días la tratabas de p.ta y que tenías miles de mujeres detrás. La verdad, no te creo nada" (FlaHBH).

"Ustedes no escuchan lo que dice el abusador?? Eran las 7.30 de la tarde y el pibe salía de su hotel!! qué dicen que la piba estaba en un boliche a las 5 de la mañana??? Además no la pueden acusar por unas fotos que se sacó la piba... si tiene ganas de sacarse fotos que se saque. Ahora, el pibe tiene una cara de mentiroso... y encima la pendeja abusada era fan... por qué le va querer ensuciar la carrera como dice?" (bellasimmer).

En el reverso de estas intervenciones que presuponen a la fan como víctima real del abuso está, asimismo, la construcción de DJ Memo como delincuente, en una asociación, también presentada como inexorable, entre sectores populares y delicto; peligrasidad/desviación y decadencia moral:

"Es un gil y un mentiroso el chabón... como todos los wachiturros, se dan cuenta en el lugar donde viven? es pura villa, debe haber puras drogas y malicias ahí" (bellasimmer).

Tal como se lee en este último comentario, la alusión a la clase social "baja" permea todas las intervenciones y se inviste de sentidos estigmatizantes, tanto en relación con el músico como con la chica:

“Fijense en q clase de barrios cantan estos y se daran cuenta con la gente q tratan” (Londres).

“Sin ofender, es la bailanta. Podemos esperar cualquier cosa de ese ambiente, sabemos q algunas personas carecen bastante de educación” (Roo7).

En referencia específica a las mujeres jóvenes de sectores populares, la mención peyorativa y la sospecha de una moral sexual dudosa se vuelve evidente en comentarios como el mencionado: “(...) esas villeritas son re sarpadas, que no se venga a hacer la nena, son unas sucias todas”. En otros, es posible observar otras resonancias, acaso más “elaboradas”, en relación con el cruce de las diferencias de clase y edad con las de género y sexualidad, como en el siguiente:

“La verdad es que no abundan los ejemplos en este momento, desde la tele, FB, revistas, musica, se les inculca a las nenas que tienen que ser la mas trola, la mas puta, que esta bien mostrar todo y que vas a llegar más lejos, y lamentablemente aunque en algunos casos tengan cuerpo de mujer tienen que lidiar con una sexualidad demasiado temprana, y los padres desde la casa no les enseñan a cuidarse ni a valorarse como mujeres, entonces en ciertos estratos sociales si seguís las reglas terminas en “algun programa de tinelli”, pero en los estratos mas bajos terminan embarazadas y pidiendo subsidio...” (Totoro Love).

Otro grupo de opiniones, que también pivotean en torno de la condición de “menor de edad” de la chica más no en su condición de víctima, trasladan el debate sobre el episodio y sus protagonistas al cuestionamiento de las *responsabilidades parentales* de control y vigilancia sobre la joven:

“Pregunto: que hacía una pendeja de 13 años en una bailanta?? Los padres permiten esas cosas y despues arman lio por la tele. Para mi el chico no le hizo nada. Pero aca el problema creo q es QUIEN PERMITE QUE ANDE A ESA EDAD SOLA DE MADRUGADA?? a los padres hay que meter presos!!!!” (soledadCBA).

“Totalmente de acuerdo, despues salen por la tele haciendose las victimas, que la nena es buena.... Andaaaa, una niña a esa hora debe estar en la cama durmiendo y no pidiendo fotitos a muchachos” (kayra1311).

“Un poco es por el ambiente [en que se mueven], y otro poco la irresponsabilidad de los padres de tener una hija de esa edad que ande a esas horas sola. Ahora buscan platita facil. Pero al paso que va, esa chica en un año, la que les espera!!! con la vida q lleva...” (soledadCBA).

Sin embargo, son pocos los comentarios sobre la responsabilidad compartida de ambos padres. La que se recorta mayoritariamente como principal responsable es la madre de la joven, quien además fue la de mayor exposición pública, pues se prestó a entrevistas y fue el cuerpo mediático que reemplazó el cuerpo/presencia de la chica en la televisión y los demás medios. Operando una asociación lineal y transitiva entre “madre pobre” y “mala madre”, “vividora” y, por ende, merecedora de castigo, es posible encontrar comentarios como los siguientes:

“¿Qué hace una niña de 13 en la calle a las 3:00? pues ya que diga la verdad la fulana esta [la madre]... ya obtuvo sus 5 minutos de fama y sus suscriptores que le andan reventando el facebook a su hija” (mawiiih peace).

“Ah! con 13 años a las 5 de la mañana en un boliche? y la mama? en donde estaba? Para mi la chica se quiso “vengar” porque ella quería estar con él y no lo logró... ella no era la unica que estaba esperando para la foto, habia una fila de gente adelante de la combi, chiquitos con sus mamas, [los músicos] subían y al rato bajaban o daban la foto afuera ...la madre esta interesada por la plata, pero exageró mucho (jazmin).

“Soy mujer pero las pibas d ahora son muy atrevidas ... una nena d 13 años no se saca fotos en tanga asi q usted fijece q clase d nena es!!!! i la madre en vez d ver eso tambien acusa sin saber la clase d hija q tiene!!! ademas se contradise en todo, no sabe ni inventar!!!” (kami_215)

Finalmente, el testimonio aleccionador en primera persona termina de cerrar la operatoria ideológica de sanción moral, habilitando el reclamo de castigo y mayor vigilancia sobre la adolescente:

“Soy madre de una niña de 13 años y jamas dejaría que se dirija a semejante distancia con una amiga y a un hotel, es evidente que no conocia a su hija creyendo que usaba las dos colitas es evidente que es una niña en su casa, y fuera de ella, sin control de sus padres, creyendose adulta, hace cagadas. *Fakiuuu para la madre descuidada y un jodete para la niña supuestamente abusada*” (Isabel). Los destacados son míos.

Sobre los medios, sus públicos y los efectos políticos

La invitación de este análisis fue a interrogarnos por los modos de visibilidad pública que adquiere la diferencia de género en los discursos mediáticos (y que encuentra ecos y resemantizaciones en los públicos), en relación con ciertas actuaciones de mujeres jóvenes de sectores populares, sobre cuyos perfiles se refuerzan con frecuencia modos de dis-

crimación y estigmatización, en razón –justamente– de su condición de género, en cruce con la edad y la clase social como distinciones críticas de la cultura.

Tomando como corpus empírico textos periodísticos de diarios y portales on line de información, en el marco de la cobertura mediática del caso aquí estudiado, y una muestra aleatoria de comentarios y opiniones vertidas al respecto por los públicos en esos sitios web y en redes sociales, advertimos la producción a priori de una identidad “desviada” de feminidad juvenil a la que constantemente esos discursos propenden a ceñir a la joven santiagueña, a partir de cristalizar ciertos rasgos, consumos y comportamientos de la chica como sinónimos *per se* de su condición problemática y de sus excesos.

En este sentido es que indicamos que las intervenciones y comentarios virtuales de los/as lectores aquí relevados constituyen respuestas de “pánico sexual”, ante el carácter inquietante del género y la sexualidad que representan ciertos cuerpos jóvenes femeninos y la condición de chicas de sectores populares fanáticas de grupos de cumbia, como en el ejemplo de la protagonista del caso en cuestión. Sobre todo, para ciertas posiciones ideológicas que moralizan la sexualidad de estas jóvenes como “excesiva” o “promiscua”, en el marco naturalizante del patriarcado y el sexismo que operan, así, manteniendo incuestionados sus fundamentos.

La revisión realizada sobre el juego cruzado de opiniones que generó la mediatización del episodio del abuso nos permite indicar que, para el conjunto mayoritario de las intervenciones relevadas, no se trata tanto de un problema de control social sobre estas chicas si no, precisamente, del miedo de que estén fuera de control (McRobbie 1998). De allí, pues, concomitantemente, la reprimenda a la “mala madre” y las lecturas asociativas de la adscripción de clase o las condiciones de vida con la anomia, los excesos de todo tipo, el resentimiento social y, en el extremo, lo moral y sexualmente abyecto.

En este punto conviene recordar que los efectos que producen los textos mediáticos no son directos sino mediados a través de otros procesos. Es decir, su discurso ideológico no actúa de manera aislada sino en el marco de la producción de significaciones sociales compartidas, lo cual facilita su inmersión y convergencia con el aplanador lenguaje del sentido común (Hall, 1981). De allí que en este trabajo, el *pánico sexual* al que aludimos en el análisis del caso constituye una estrategia ideológica conectada al proceso mayor de producción de significados socialmente preferentes, que opera en el discurso cotidiano como un sistema avanzado de advertencias sobre las actuaciones deseables e indeseables del género, en sus específicos y desiguales cruces con la clase y la edad.

Así pues, los discursos e intervenciones que se preocupan por la *política del deseo*, por su regulación y prescripción, no provienen sólo de los medios de comunicación —en su condición de “guardianes” del orden, la moral y el decoro—, sino que son, por el contrario, tanto resultado como parte de las propias condiciones de posibilidad de los discursos mediáticos.

Por lo expuesto, resulta inadmisibles sostener una mirada fatalista o conspirativa alrededor de los medios y la industria cultural, como si se tratara de meras “máquinas de imponer” estereotipos, modelos de belleza y formas totales de cosificación. Conviene, en cambio, hacer foco en los múltiples procesos de mediación, negociación, proximidad y distancia que se despliegan en la recepción de sus relatos; los que nunca son pura aceptación o pura resistencia, sino más bien instancias complejas que pueden incluir, también, modos sugerentes de agenciamiento y de sociabilidad a partir de esos consumos, y/o pactos de lectura contingentes, variables o estratégicos, según las circunstancias definidas social pero también generacionalmente. Es por ello que el consumo de medios puede ser vivido como una instancia por momentos placentera y por momentos agresiva, por momentos de reconocimiento, y por otros, de integración subalternizante.

Junto a ello, es clave reconocer también la dimensión del placer, de goce, y de identificación con modelos de masculinidad y feminidad que concitan fantasías en los públicos a partir de ciertas propuestas amplias de la industria cultural (publicidad, televisión, revistas, propuestas musicales, moda, etc.), en las que se refuerzan imágenes moralizantes de las y los jóvenes. Porque es, justamente, en ese tipo de mediaciones donde se juegan chances —mayores o menores, según los contextos— para capitalizar saberes, experiencias y modos de relación, que puedan discutirse en el marco de una ciudadanización juvenil cada vez más amplia.

Para ello, insistimos, es preciso partir de una concepción de los procesos de producción mediática como, por supuesto, un campo estratégico de elaboración de sentidos hegemónicos sobre la normatividad genérica y sexual, y un poderoso espacio de regulación cultural de éstas y otras diferencias, como la clase, la edad y la generación. Pero que conciba también a estos procesos como zonas posibles de despliegue de diversas experiencias de apropiación y resignificación de sentidos sobre la juventud y las distinciones de género.

Complejizar, pues, la mirada y la reflexión sobre estas dinámicas, constituye un paso imprescindible para revisar con criticidad la propia naturalización de prejuicios. Y para repensar la responsabilidad que le cabe, también, a los públicos cuando se pronuncian a partir y por intermedio de los dispositivos mediáticos, co-participando de este modo en la recreación de un lugar narrativo que ejerce su hegemonía para ordenar las di-

ferencias culturales en función de regular y definir quiénes son unos/as y otros/s, quiénes pueden hablar y quienes están condenados/as al silencio. O, peor, aún, a la sistemática falta de escucha.

Porque, como señaló con agudeza Stuart Hall, “hablar de renunciar al poder es una experiencia radicalmente diferente de la de ser silenciado” (Hall 2000 [1992]: 20).

EPÍLOGO

El foco de este libro estuvo puesto en el análisis de los modos de expresión que asumen las llamadas “nuevas feminidades” en la experiencia de mujeres jóvenes, tanto de sectores medios como populares, en sus múltiples, específicas y desiguales interacciones con los medios de comunicación y la industria cultural, las instituciones, el mercado, las políticas públicas y el arte.

El interés de relevar sus propias voces, así como de registrar las maneras en que *son habladas* por otros se enmarca, a su vez, en una interrogación más amplia sobre los modos y condiciones de construcción de un virtual nuevo orden de género entre los y las jóvenes, en el que las chicas tendrían un inédito protagonismo no sólo como sus principales impulsoras sino como sus potenciales o efectivas beneficiarias.

Esta indagación implica, asimismo, preguntarse cómo y en qué medida los logros y derivas actuales del feminismo, la ampliación de derechos propiciada por diversas leyes en la última década y la existencia de un clima de época favorable al despliegue de libertades eróticas, reproductivas y de derechos humanos de las mujeres han contribuido a la creación o recreación de dicho orden de género. En simultáneo, importa también explorar de qué maneras las jóvenes han retomado, potenciado e intervenido estas condiciones a su favor y cuáles permanecen pendientes de materialización en sus vidas, como posibles insumos ante las persistentes afrentas del patriarcado.

Los distintos trabajos aquí reunidos se han orientado, pues, en dirección a estas inquietudes y han procurado responder con empiria etnográfica y comprensión teórica a algunos de los diversos interrogantes que abren estos procesos culturales, de creciente relevancia pública, mediática y social.

Muchos de los relatos y respuestas ofrecidas por las chicas entrevistadas para este libro dan pistas certeras de que nuevos modos de *estar siendo mujer joven* se están configurando en sus contextos y relaciones cotidianas como parte de sus recursos subjetivos e identitarios. Pero tam-

bién, como modos posibles –acotados, contingentes, pero concretos– de contestación a las distintas regulaciones, prescripciones y formas de control de las que son objeto.

La densidad de este entramado pone de manifiesto, por un lado, la importancia de avanzar en una línea de trabajo inter e intrageneracional en clave de género, sexualidad y derechos. Y por el otro, plantea el desafío de repreguntarnos constantemente qué, dónde y cómo estamos leyendo a las jóvenes, así como a las transformaciones que protagonizan y marcarán tendencia en estas materias.

En este sentido, frente a los sistemáticos desacoples de velocidades entre los distintos discursos que se ocupan de la juventud –el científico, el de las leyes, el mediático– la clave pasa, sin dudas, por la observación atenta de las experiencias concretas que despliegan por doquier las mujeres jóvenes. Por darle efectivamente lugar a una idea del género y las sexualidades como un “estar haciéndose”, y no como algo previo, ya sedimentado, o trabajando desde esa fijación primordial. Y por habilitar nuevas comprensiones que puedan abarcar las formas, relatos y experiencias emergentes del género y la sexualidad desplegadas por las chicas, las que, a su vez, se articulan de variadas maneras a las pautas culturales preexistentes, de forma tal que, lejos de solidificarse en “modos de ser” mujer joven, participan constantemente de luchas por su resignificación y desplazamiento.

Ahora bien, mientras sigamos pensando a la condición juvenil como lugar de paso o de relevo, como instancia de experimentación y reformulación constante, pero a las diferencias de género y sexualidad como “rasgos” fijos, sedimentados o heredados, de la identidad de un sujeto, es claro que las desigualdades a las que dan lugar las jerarquías y opresiones sexo-genéricas y las ideologías que las sostienen –el sexismo, la violencia de género, la misoginia, la homofobia, etc.– seguirán alimentando una falsa tensión entre movilidad (juvenil) y fijación (sexo-genérica). Tensión que, así planteada, seguirá siendo resuelta –a su favor– por los discursos y las prácticas del poder, y poco (y a veces nada) gestionada, impugnada o intervenida públicamente por las propias chicas.

Es claro, entonces, que se impone con urgencia desarticular ciertas narrativas y prácticas prescriptivas alrededor del género y la sexualidad de las jóvenes, y preguntarse cuál es el impacto que alcanzan experiencias juveniles como las que hemos relevado en este libro para el diseño de formas alternativas de lucha contra el sexismo, la misoginia, el “pánico sexual”, la violencia o la discriminación que aún pesa sobre ellas. Esto requiere no sólo cuestionar las visiones esencialistas y naturalizadas sobre los roles femeninos (y masculinos), si no también examinar críticamente las formas hegemónicas de la heteronormatividad, las clasificaciones genéricas obliga-

torias y las expresiones restrictivas de la identidad sexual y de género, que ciertos discursos sociales construyen en su entorno. En un momento social y cultural en el que, justamente, ocupan el centro de todas las miradas.

En efecto, es tiempo de chicas: de su acción, de sus voces, y de sus agenciamientos. Escucharlas es hoy tanto un desafío como una urticante interpelación.

BIBLIOGRAFÍA

- ARFUCH, Leonor. "Ver el mundo con otros ojos. Poderes y paradojas de la imagen en la sociedad global", en Leonor Arfuch y Verónica Devalle (comps.), *Visualidades sin fin. Imagen y diseño en la sociedad global*. Buenos Aires, Prometeo, 2009, pp. 15-39.
- BECK, Ulrich y Beck-Gernsheim, Isabeth. *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2003.
- BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama, 1998.
- BUTLER, Judith. *El género en disputa*. México, Paidós, 2001 [1990].
- DE LAURETIS, Teresa. *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film and Fiction*. Bloomington, Indiana University Press, 1989.
- DUODA. "El feminismo de las más jóvenes", en Duoda N° 43, 2012, pp.12-15.
- ELIZALDE, Silvia. "Todos contra la 'nena'. Mujeres jóvenes y significaciones mediáticas del género y la sexualidad", *Tram(p)as de la Comunicación y la cultura* N° 76. La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, Julio/Octubre 2014, pp. 71-80.
- , "Saber académico y lógicas institucionales sobre género y sexualidad juveniles. Apuntes para una tarea conjunta", en Mariana Chaves y Enrique Fidalgo Zeballos (comps.): *Políticas de infancia y juventud. Producir sujetos y construir Estado*. Buenos Aires, Espacio Editorial, 2013, pp. 45-55.
- , "La juventud en la mira de las ciencias sociales, los medios y las leyes. Preguntas y desafíos sobre las diferencias de género y sexualidad", en Miriam Kriger (Comp.) *Juventudes en América Latina. Abordajes multidisciplinares sobre identidades, culturas y políticas, del siglo XX al siglo XXI*. Buenos Aires, CAICYT-CONICET, 2012, E-book.
- , *Jóvenes en cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultura*. Buenos Aires, Biblos, 2011.
- , "Políticas del deseo y chicas con voz propia. Experiencias juveniles en torno al género y la sexualidad", en *La Ventana* N° 30, Vol. IV, Noviembre. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2009, pp. 121-147.
- , "Institutional Violence and Sexual Panic Directed at Poor Young Women and Trans Persons in Buenos Aires", en *Women and International Development Publication Series*. Working Paper N° 293. Michigan, Michigan State University Press. December 2008.
- FERNANDEZ, Ana María. *La mujer de la Ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires, Paidós, 1993.

- GIDDENS, Anthony. *Modernity and Self Identity: self and society in the late modern age*. Cambridge, Polity, 1991.
- GONICK, Mamina. "Between 'girl power' and 'reviving Ophelia':constituting the neoliberal girl subject." *National Association of Women's Studies Journal* 18 N°2, 2006, pp.1-23.
- HALL, Stuart. "Los estudios culturales y sus legados teóricos", en *Revista Voces y Culturas* N° 16. Barcelona, 2000 [1992] pp. 9-27.
- HALL, Stuart. "La cultura, los medios de comunicación y el 'efecto ideológico'", en James Curran et al (Comps.), *Sociedad y comunicación de masas*. México, Fondo de Cultura Económico, 1981, 357-392.
- ILLOUZ, Eva. *Erotismo de autoayuda. Cincuenta sombras de Grey y el nuevo orden romántico*. Buenos Aires, Katz-Capital Intelectual, 2014.
- KEHILY, Mary Jane. "Taking centre stage? Girlhood and the contradictions of femininity across three generations". *Girlhood Studies*, 1(2), 2008, pp. 51–71.
- KELLY, Elizabeth A. "Review Essay: A New Generation of Feminism? Reflections on the Third Wave", en *New Political Science* 27(2), 2005, pp. 233-243.
- LEES, Sue. "Aprender a amar. Reputación sexual, moral y control social de las jóvenes", en Elena Iarauri (comp.). *Mujeres, derecho penal y criminología*. Madrid, Siglo XXI, 1994, pp. 17-42.
- MANZANO, Valeria. *The Age of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality from Perón to Videla*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2014.
- McROBBIE, Angela. *The Aftermath of Feminism*. London, Sage, 2009.
- McROBBIE, Angela y Sarah T. THORNTON. "Rethinking 'Moral panic' for Multi-Mediated Social Worlds", en McRobbie, A. *Feminism and Youth Culture*. Hong Kong, Macmillan Press, 2000 [1991], pp.180-197.
- McROBBIE, Angela. "The moral panic in the age of the postmodern mass media", en *Post-modernism and Popular Culture* (Parte III), Routledge, London & New York, Routledge, 1998, pp. 198-219.
- NUSSBAUM, Martha. *El ocultamiento de lo humano. Repugnancia, vergüenza y ley*. Buenos Aires, Katz, 2006.
- RIMSTEAD, Roxanne. "Subverting Poor Me: Negative Constructions of Identity in Poor and Working-Class Women's Autobiographies", en S.H. Riggins (ed.), *The Language and Politics of Exclusion. Others in Discourse*. London, SAGE Publications, 1997, pp. 249-280.
- ROWBOTHAM, Sheila. "Lo malo del 'patriarcado'", en Raphael Samuel (ed.) *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, Grijalbo, 1984 [1979], pp. 248-256.
- SECRETARÍA NACIONAL DE NIÑEZ, ADOLESCENCIA Y FAMILIA (SENAF), y UNICEF. *Situación de Niños, Niñas y Adolescentes sin Cuidados Parentales en la República Argentina*. Buenos Aires, MSD-UNICEF, 2012.
- SEGATO, Rita. *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires, Prometeo-UNQUI, 2003.
- SNYDER, Claire R. (2008), "What Is Third-Wave Feminism? A New Directions Essay", en *Signs*, Vol. 34, N° 1, pp. 175-196.
- TARZIBACHI, Eugenia. "¿Qué pretende usted de mí? Mujer y mirada en dos imágenes publicitarias contemporáneas", en María Alicia Gutiérrez (Comp.), *Voces polifónicas*.

Itinerarios de los géneros y las sexualidades. Buenos Aires, Ediciones Godot, 2011, pp. 261-284.

WATNEY, Simon (1987). *Policing Desire: Pornography, AIDS and the Media*. London, Methuen, 1987.

Fuentes periodísticas y digitales

BEHANCE. <https://www.behance.net/gallery/6836547/Carolina-Ivonne-Caamano-SS13-Campaign>

BOBADILLA, Pablo. "Rebelde sin jaula", 8/12/2010, <http://chill-art.blogspot.com/2010/02/rebelde-sin-jaula.html>.

CAAMAÑO, Ivonne. <http://ivonnecaamano.blogspot.com>; <http://www.ivonnec.com>

CIUDAD.COM, "Graves acusaciones. DJ Memo contó su versión de los hechos: qué pasó en la combi", 12/05/2012, <http://www.ciudad.com.ar/espectaculos/93085/dj-memo-conto-version-hechos-paso-combi?page=1>

CLARÍN. "Detuvieron a un Wachitirro por una denuncia de abuso", 7/05/2012, http://www.clarin.com/espectaculos/personajes/Detuvieron-Wachitirro-intento-violacion_0_695930567.html y "Liberaron al 'wachitirro' acusado de abuso sexual", 11/05/2012, http://www.clarin.com/policiales/Liberaron-wachitirro-acusado-abuso-sexual_0_698330279.html

EL ARGENTINO. "DJ Memo fue sometido a pericias psicológicas en causa de abuso", 3/10/2014, p. 7.

EL LIBERAL. "Arruinó a toda nuestra familia", 8/05/2012, <http://www.elliberal.com.ar/ampliada.php?ID=41359>

FACEBOOK. <https://www.facebook.com/pages/Leila-Rudenick-Oficial-/309480829129709>

LA VOZ. "DJ Memo me manoseó", 14/05/2012, <http://vos.lavoz.com.ar/tv/wachitirros-dj-memo-me-manoseo>

LESCANO, Victoria. "Una pasarela antidiscriminatoria". Buenos Aires, *Página 12*, 19/02/2010. <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-5530-2010-02-20.html>

PÁGINA 12. "El aguante", 18/05/2012, <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-7251-2012-05-23.html>

QUINTA TRENDS (QT). <http://www.quintatrends.com/2014/11/sangre-mochilas-portadoras-de-arte.html?sref=fb>

TÉLAM. "Demandan por 220.000 pesos a 'DJ Memo' por tentativa de abuso sexual", 19/04/2013,

<http://www.telam.com.ar/notas/201304/14629-demanda-por-220000-pesos-a-dj-memo-por-tentativa-de-abuso-sexual.html>

TKCHE, "La verdad sobre la foto de la menor abusada", 12/5/2012, <http://www.tkche.com.ar/?p=224>, y "Fotos exclusivas de las fans que acusan a DJ Memo", 14/5/2012, <http://www.tkche.com.ar/site/?p=195>

URDINEZ, Micaela. "Una infancia golpeada", *La Nación*, 4/8/2012, <http://www.lanacion.com.ar/1495664-una-infancia-golpeada>

URGENTE24. "Con su miembro le tocó la cara", 8/05/2012, <http://www.urgente24.com/198836-el-wachitirro-sigue-detenido-con-su-miembro-le-toco-la-cara>

VISUALMENTE. <http://visualmente.blogspot.com.ar/2008/12/el-norbi-muestras-sus-desnudos.html>

